

BOLETIN DE ARQUEOLOGIA

ORGANO DEL SERVICIO ARQUEOLOGICO NACIONAL

MINISTERIO DE EDUCACION - EXTENSION CULTURAL



BOGOTA-COLOMBIA

MAYO-JUNIO DE 1945

-

NUMERO 3



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

EL INSTITUTO ETNOLOGICO Y EL SERVICIO DE ARQUEOLOGIA EN 1945

IMPORTANCIA DE LA INVESTIGACION ETNOLOGICA EN COLOMBIA

Podríamos decir que la investigación etnológica en Colombia, aunque en forma poco estructurada, tiene sus raíces en los albores mismos de la época de la Conquista española. Las expediciones de alguna envergadura organizadas por los peninsulares, trajeron siempre consigo letrados y escribanos quienes, a más de registrar los diarios acontecimientos y de ejecutar aquellas diligencias que su oficio les imponía, no pudieron sustraerse a la sorpresa que debió producir en su ánimo la contemplación de un mundo nuevo en todos sus aspectos, y a consignar en sus obras y relatos preciosas observaciones en relación con las características del Hombre de América; estas noticias constituyen hoy en día un poderoso auxiliar para el estudio de estos antiguos pueblos, en sus aspectos antropológico, etnográfico y lingüístico. Pedro de Cieza de León y Juan Bautista Sardilla, entre los grupos indígenas del Occidente Colombiano; Juan de Castellanos, Lucas Fernández de Piedrahita y Rodríguez Freile, entre las tribus del altiplano de Cundinamarca y Boyacá; Oviedo y el Padre Aguado, entre las agrupaciones del Litoral Atlántico. Estos antiguos cronistas, para no enumerar sino unos cuantos, de los cuales algunos asistieron personalmente a los conquistadores en sus campañas descubridoras, trazaron en los siglos XVI y XVII el esquema etnológico de lo que constituye hoy el territorio colombiano, esquema éste que aparece más completo en la tan ponderada obra de Fray Pedro Simón, en cuya elaboración este investigador aprovechó los datos

suministrados por los que le antecedieron, lo mismo que sus experiencias personales logradas, no sólo en el territorio que abarca actualmente la República, sino también en los países vecinos.

A más del esfuerzo realizado por los historiadores a que nos hemos referido, otros funcionarios de la Corona de Castilla y, principalmente, de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada, tuvieron siempre en los pueblos primitivos de América un motivo inagotable para realzar sus hazañas, recalcar sobre la necesidad de una cristianización sistemática y volver sobre sí las miradas de los intrigados pueblos de la Europa de entonces. No escasearon las relaciones que, deformadas considerablemente por una fantasía sometida a los efectos del trópico, terminaron por volcar sobre las playas de América todo un torrente de gentes ansiosas de riqueza y aventura.

Esta investigación etnológica de los grupos prehistóricos, que en las épocas de la Conquista y Colonia tuvo un carácter semi-oficial, pues estaba destinada principalmente a mantener informada a la Corona de España sobre las características de sus nuevos y extensos dominios, decayó notablemente luégo de llevarse a cabo la campaña emancipadora. La joven República, empeñada en su naciente organización y en la controversia de las ideas políticas, relegó a segundo término esta actividad, que quedó sometida entonces a la iniciativa particular. En el transcurso del siglo pasado se advierten, sin embargo, brotes de investigación etnológica, que no por dispersos y poco sistemáticos dejan de ser de suma trascendencia para el estudio del pasado y presente de los grupos autóctonos. Cabe reconocer aquí el valioso aporte de investigadores extranjeros, cuyos estudios, pocos conocidos por desgracia entre nosotros, han despertado el interés de centros científicos de otros países por el conocimiento de la etnología colombiana.

La posición que ocupa Colombia desde el punto de vista geográfico y etnológico, hace resaltar todavía más la necesidad de continuar estas investigaciones en forma sistemática, si tenemos en cuenta que aún se plantea el interrogante acerca de los posibles orígenes del Hombre Americano. En su territorio se encuentran manifestaciones culturales cronológicamente diferentes y que se identifican como pertenecientes a pueblos de distintas regiones del Continente. Grupos prehistóricos llegaron, en oleadas sucesivas y señalaron con sus migraciones una estrella cuyos ejes se orientan hacia las costas de los dos grandes océanos, a las riberas de los ríos Orinoco y Amazonas, a las provincias del centro y del sur de América. Estudiar a fondo estos acontecimientos y presentar una

imagen de lo que fueron y alcanzaron los pueblos que participaron en el poblamiento de esta importante porción del Nuevo Mundo, es la ingente tarea que está reservada a los investigadores colombianos.

Los hechos anotados anteriormente serían suficientes para afianzar la tesis sobre la importancia de la investigación etnológica en Colombia, si no existieran otros de mayor trascendencia, estrechamente vinculados ya con la realidad nacional y de los cuales no podrá prescindirse cuando quiera que se trate de presentar científicamente la realidad antro-po-geográfica de nuestro país. Una población de más de cuatrocientos mil indígenas, asentados en los llamados Territorios Nacionales y en las zonas de mayor densidad de población, como son los departamentos, ha estado, a través de varias centurias, marginada de la vida nacional. La mayoría de los grupos que la integran son depositarios todavía de la herencia cultural de sus antepasados y su estudio inmediato se hace cada día más necesario, toda vez que este patrimonio viene en mengua a medida que se acerca el contacto con otros grupos étnicos. Por otra parte, una incorporación metódica de estos pueblos al progreso y adelanto de la Nación, es cosa que aún ni siquiera se ha intentado, salvo contadas campañas emprendidas para lograr su conquista espiritual.

El papel desarrollado por los grupos indígenas en el crisol antropológico que es Colombia, es cosa que aún no ha sido sometida al tratamiento de un estudio científico. Cuando se ha intentado hacer nuestra clasificación racial, estos factores sólo se han tomado a ojo de buen cubero, por lo cual han carecido siempre de base sistemática. La lengua materna, que corre fama de ser la más depurada que se habla en todo el Continente, ha llevado a sus cultivadores a estudiar sus formas en las fuentes clásicas, sin que se advierta por parte alguna el interés por indagar sus préstamos a las lenguas nativas, siendo así que en los departamentos del Sur de Colombia y en los de Cundinamarca y Boyacá, buena parte de los elementos que integran el lenguaje vulgar está compuesta por palabras cuyo origen sólo podría buscarse en las familias lingüísticas Chibcha, Karib, Kechua, y por formas dialectales que han contribuido a su mayor elasticidad. El arte folklórico, cuyas entrañas autóctonas afloran en la vida de la gran masa campesina, constituye un capítulo que aún no se ha escrito, pues las investigaciones sico-demológicas apenas se inician.

¿Quién podrá negar, entonces, la importancia de fomentar en el país la creación de centros de estudio que suministren la base para la difusión de estos aspectos? De investigaciones que hagan volver las miradas de artistas e intelectuales sobre las características de nuestro pue-

blo? La supervivencia de muchos elementos de la mitología chibcha en el Altiplano, las leyendas primitivas de los cultivadores del campo, las fiestas típicas de Santander, las costumbres de los indios y campesinos de Cauca y Nariño, las creencias de los mismos en relación con los muertos; con los que desposan; la vida íntima de los resguardos indígenas y los conflictos económico-sociales de su organización interna, todo esto, constituyen motivos todavía más apasionantes que el “Huasipungo” y el “Montuvio”, que han dado relieves verdaderamente americanos a la novela y pintura ecuatorianas.

Una brusca imposición de la cultura europea, que ahogó las nacientes manifestaciones culturales de los pueblos nativos, fue puesta en práctica por los peninsulares. Esta herencia fue recogida por la población criolla y conservada a través de los tiempos por los hijos de la República. El afán de ostentar una cultura artificial, integrada en su estructura íntima por valores importados, descentrada de nuestro medio y de los elementos que enraizan en una verdadera nacionalidad, ha motivado en Colombia una actitud desdeñosa de los grupos dirigentes y capas elevadas hacia lo sensiblemente nuestro, hacia lo terrígeno, hacia lo que podría llegar a ser, mediante un mejor conocimiento, un corpus de valores culturales propios del país en que nacimos. Si lográramos dar el significado de “nacional” a la expresión “vulgar” con que hoy todavía motejamos a todo lo que no viene de afuera de los lindes patrios, podríamos levantar este manto artificial que esconde, ante los demás pueblos de América, muchos de los perfiles más definidos del alma nacional.

MODERNA ESCUELA AMERICANISTA

El Ministerio de Educación, consciente de la trascendencia que para el país tiene la investigación etnológica, viene haciendo en estos últimos años esfuerzos metódicos por lograr un renacimiento del cultivo de estas disciplinas, que se inician con los cronistas españoles y se continúan a través de algunas épocas de la República gracias al interés de connotados ciudadanos. La fundación del Servicio de Arqueología, que con tanto entusiasmo organizó en su primera etapa el señor Gregorio Hernández de Alba, y el franco apoyo de la administración del doctor Eduardo Santos, que facilitó la entrada al país de investigadores como el profesor Schottelius, otro de los más destacados iniciadores de la moderna escuela etnológica colombiana, culminaron con la fundación del Instituto Etnológico Nacional, y con la llegada al país de su primer director, el célebre americanista francés profesor Paul Rivet. En la Es-

cuela Normal Superior se inició este movimiento, bajo los buenos auspicios de una dirección técnica y de un marcado y decidido entusiasmo por parte de profesores y alumnos. Allí se dio comienzo a la formación de un cuerpo de investigadores colombianos, cuyos trabajos, elaborados ya sobre el terreno, en distintas regiones del país, se han revelado al público en las dos entregas de la Revista del Instituto Etnológico y en el Boletín de Arqueología.

Una completa reorganización de estos servicios se ha logrado en el presente año, con miras a coordinar todavía más los esfuerzos del Ministerio por el adelanto de estas instituciones. El Instituto Etnológico Nacional, creado por el Decreto No. 1.126 de junio de 1941, como anexo a la Escuela Normal Superior, fue fusionado con el Servicio de Arqueología, en virtud del Decreto No. 718 de 20 de marzo de 1945, emanado del Ministerio de Educación Nacional. Igualmente, por Resolución No. 68 del 25 de enero de este mismo año, se adscribieron al Jefe del Servicio de Arqueología las funciones de director del Instituto; fue así como se vino a terminar con el divorcio que existía entre estas dos entidades y que iba en contra de las finalidades científicas que persiguen una y otra. Unificados y colocados bajo la misma rectoría estos dos centros de investigación, la dirección general se empeña ahora en una reorganización fundamental, para lo cual se han creado nuevos servicios y contratado un personal técnico, preparado en su mayoría en el Instituto Etnológico Nacional. Los servicios actualmente establecidos son los siguientes:

Dirección.....	<i>Lic. Luis Duque Gómez</i>
Químico laboratorista.....	<i>Doctor José E. Acosta</i>
Sección de Museología	<i>Lic. Edith Jiménez A.</i> <i>Lic. Blanca Ochoa S.</i> <i>Señor Luis A. Sánchez</i>
Sección de Lingüística y Etnografía	<i>Lic. Milcíades Chaves</i> <i>Lic. Roberto Pineda</i> <i>Doctor José Recassens</i>
Sección de Arqueología, Dibujo Técnico y Cartografía	<i>Señor Luis A. Sánchez</i> <i>Lic. Julio C. Cubillos</i> <i>Señor Ernesto Guhl</i> <i>Lic. Eliécer Silva C.</i> <i>Lic. Alberto Ceballos</i>

Sección de Fotografía..... *Señor Armando Guzmán*
Sección de Moldeo y reconstrucción de
piezas arqueológicas..... *Señor Jorge E. Lesmes*
Secretaria.....*Señora María T. de Baquero*

Además de este personal, el Servicio de Arqueología y el Instituto Etnológico cuentan con otros empleados encargados unos de prestar servicios de administración en los parques arqueológicos y de vigilancia de los monumentos prehistóricos, y otros de la reparación de elementos etnográficos y arqueológicos.

OBJETIVOS INMEDIATOS DE INVESTIGACION

Tres son los objetivos que se han perseguido en el curso del presente año conforme a las necesidades más apremiantes de la Etnología en Colombia: la investigación entre los grupos indígenas existentes; los estudios arqueológicos, sincronizados con la labor de preservación y reconstrucción de los monumentos prehistóricos de las altas culturas; y la preparación y elaboración de los materiales y colecciones recogidos por las expediciones, con el fin de estudiarlos y presentarlos en forma adecuada en el Museo Arqueológico Nacional. De estas tareas, sin dejar de reconocer la trascendencia de las demás, la más importante y que requiere una inmediata ejecución es la primera de las enumeradas anteriormente, toda vez que se trata de recoger elementos culturales que pueden llegar a aclarar problemas que hoy plantean serias incógnitas a los prehistoriadores americanos. Los grupos indígenas que constituyen este objetivo, van entrando paulatinamente en contacto con otros pueblos, racialmente diferentes, con lo cual estos elementos son absorbidos y terminan por desaparecer definitivamente, privándose así la investigación etnológica americana de preciosos datos, si antes no se lleva a cabo su estudio. Para no citar sino un ejemplo, anotemos aquí, que actualmente existen lenguas en los ríos Putumayo y Amazonas que sólo son habladas por dos o tres indígenas, las cuales desaparecerán para siempre cuando éstos dejen de existir. Razón tenía el profesor Rivet cuando advertía a sus alumnos que una de las tareas más urgentes para realizar en Colombia en el campo de los estudios americanistas, era lograr que sus investigadores recurrieran a los lugares donde desaparece algo, donde hay manifestaciones culturales que mueren sin que se tenga de ellas noticia alguna.

MISIONES DE ESTUDIO

Para dar cumplimiento a este plan, el Instituto Etnológico, contando con la eficaz ayuda económica que en forma desinteresada le viene prestando el Gobierno de Francia, por intermedio del profesor Rivet, envió en el mes de febrero de este año una comisión a explorar la zona regada por las cabeceras del río Yurumanguí (Valle del Cauca). En esta región se sospecha la existencia de los supervivientes de un grupo indígena que, según los estudios de Rivet sobre el vocabulario que se conserva en unos manuscritos de la Biblioteca Nacional, hablaban una lengua que ofrece excepcional interés por tener muchas semejanzas en su estructura con lenguas oceánicas del Pacífico. Esta comisión, integrada por los señores Milcíades Chaves y Gerardo Reichel, investigadores del Instituto, y por el señor Fernando Cámara Barbachano, del Instituto de Antropología e Historia de México, que en gran parte fue organizada por el señor José Recassens, antiguo director del Instituto Etnológico, no pudo llenar su objetivo, pues múltiples obstáculos naturales y los escasos recursos materiales contuvieron la marcha de la expedición. Actualmente se prepara otra incursión, contando, desde luego, con una mejor dotación y con datos que pueden garantizar en parte el éxito de la misma. No obstante, los mencionados investigadores lograron estudiar en esta correría un grupo de indios Chamí, perteneciente al grupo lingüístico Chocó. Este grupo está localizado en Corozal, municipio de Riofrío (Valle). La comisión permaneció veinte días entre estos indios y recogió datos sobre la existencia de otros grupos en el río Bravo, municipio de Calima (Valle) y en San Pedro, vertiente occidental de la Cordillera Central. Se recogieron además ciento cincuenta objetos etnográficos, entre los cuales se encuentran cerbatanas, objetos de adorno, tales como zarcillos de plata que ostentan motivos indígenas, fabricados por los indios Chocó; un buen número de objetos de cestería, utensilios domésticos, bastones, artísticamente labrados con motivos zoomorfos, usados por los brujos y curanderos en el ejercicio de sus actividades shamanísticas; cerámicas antropomorfas y dos ejemplares de una pipa colectiva, elemento desconocido entre los demás grupos indígenas estudiados hasta ahora en Colombia; la pipa tiene forma de una vasija pequeña, con cuatro apéndices colocados en el borde de la base, por los cuales aspiran el narcótico cuatro personas a la vez; por los datos que se tienen, este utensilio parece ser de uso ritual. De todos los elementos anotados anteriormente se tomaron fotografías y un detallado

film que muestra las técnicas seguidas en la fabricación de cerámicas, de flechas y de objetos de espartería.

Al lado de los trabajos enunciados, la comisión logró elaborar una encuesta lingüística que consta de un completo vocabulario y de numerosas frases que sirven de base para el estudio de la estructura gramatical métrica y somática y se recogió un interesante material de mitos y cuentos, algunos de los cuales, recopilados y elaborados por el señor Chaves, se publicaron en la segunda entrega del Boletín de Arqueología, lo mismo que el informe de carácter geográfico hecho por el señor Hans Bloch, ingeniero forestal del Departamento del Valle, quien se sumó a la comisión.

En el mes pasado se envió una comisión con el fin de recoger datos de carácter etno-geográfico en distintas regiones del Macizo Central Colombiano, de cuyos resultados daremos cuenta más adelante. Para el tiempo que resta del presente año, el Instituto Etnológico y el Servicio de Arqueología proyectan realizar tres expediciones más; una a la zona del Territorio Vásquez, en donde, según noticias, existen algunos descendientes de los antiguos indios Carare y Opón, cultural y lingüísticamente poco conocidos; otra a las cabeceras del río Sinú, con el fin de estudiar los grupos pertenecientes a la familia de los Tucurá; y, por último, la proyectada a las regiones bañadas por los ríos Caquetá y Putumayo, con miras a recoger datos entre los pueblos Andakí que todavía existen en esta zona y cuyo estudio puede arrojar mucha luz sobre las investigaciones arqueológicas que se adelantan en San Agustín.

SECCION DE ETNOGRAFIA, LINGÜÍSTICA Y ANTROPOLOGIA

Esta Sección, encargada de preparar las expediciones enviadas al terreno con el fin de recoger datos de carácter lingüístico, etnográfico y antropológico y de elaborar los materiales obtenidos hasta entregarlos listos para su publicación, está a cargo de los señores Milcíades Chaves, Roberto Pineda y José Recassens. Actualmente se elaboran los elementos de mitología recogidos por el señor Chaves en la comisión enviada a la zona de los indios Chamí y se adelanta el estudio y preparación de un trabajo relacionado con la antropología de los indios Chimila, según datos recopilados por el mismo investigador. Entre los principales elementos que se estudian en este trabajo están: índices cefálico-horizontal, cefálico vertical, facial total, fronto-parietal, nasal, auricular,

braza y prognatismo; relación centesimal de los principales puntos anatómicos, en relación con las proporciones de la estatura; descripción de los caracteres somáticos, tales como pigmentación de la piel, el cabello y los ojos, desarrollo del sistema pilosos, etc. Por su parte, el señor Roberto Pineda se ocupa en el trabajo comparativo y presentación de un vocabulario y algunos elementos de la cultura material recogidos entre los descendientes de los antiguos indios Opón y Carare, lo mismo que en una reseña arqueológica de la fracción de Cimitarra, sitio prehistórico ubicado en las cercanías de las márgenes del río Carare, descubierto el año pasado. Estos trabajos serán publicados en la Revista del Instituto Etnológico y en el Boletín de Arqueología.

Al lado de estas tareas, se adelantan en esta misma sección trabajos de consulta de distintos autores españoles y colombianos que escribieron sobre las tribus indígenas del país, con miras a la elaboración de ficheros analíticos que faciliten la clasificación de los elementos culturales de estos grupos. Este trabajo se elabora conforme a la moderna técnica de ficheros, según instrucciones suministradas por los profesores Schottelius y Rivet.

SECCION DE MUSEOLOGIA

Esta sección, colocada bajo el cuidado de las señoritas Edith Jiménez y Blanca Ochoa, y que cuenta con la colaboración del señor Luis Alfonso Sánchez para la parte que se relaciona con el montaje de los salones y de los diseños para la construcción de muebles apropiados destinados a la exhibición de los elementos prehistóricos, tiene como objetivo el estudio detallado de las colecciones que llegan al museo y su adecuada presentación para el público. Siendo la difusión del conocimiento de los elementos que caracterizan nuestras culturas prehistóricas una de las principales tareas y el fin último de los estudios americanistas, los encargados de esta Sección han comprendido, con excelente criterio, que el Museo Arqueológico Nacional, lo mismo que los regionales, tendrán que llegar a ser centros de investigación, de enseñanza, divulgación y conservación, para cumplir así con estos fines. Con el ánimo de conjugar y lograr llevar a la práctica estos cuatro objetivos, se adelantan actualmente las siguientes tareas:

Arreglo y presentación. —Las colecciones de cerámica que actualmente existen en el Museo, han sido sometidas a un cuidadoso tratamiento de limpieza y conservación; igualmente, los objetos de hueso,

pedra, madera, concha, resina, están listos para su estudio y exhibición. Terminada esta labor, se ha iniciado el arreglo acondicionado al material de cada colección: en cartones, que posteriormente han de colocarse en cajas adecuadas, se han distribuido en la forma más conveniente para ser expuestas en las vitrinas del Museo. En este estado se encuentran las colecciones de volantes de hueso, collares, pendientes de concha, pintaderas, piedras para repujar el oro, propulsores y otros objetos pequeños pertenecientes a la cultura material de los indios colombianos.

Reconstrucción y estudio de tejidos. —Recientemente se ha iniciado la reconstrucción de los tejidos encontrados en la cueva de Los Santos (Santander del Sur), pertenecientes a las colecciones excavadas por el profesor J. W. Schottelius. Simultáneamente se ha emprendido también el estudio de estos tejidos con miras a elaborar un trabajo sobre la técnica de la industria textil entre los Guane, grupo indígena al cual parecen pertenecer estas reliquias prehistóricas. Al lado de estos trabajos se adelanta un estudio cuidadoso sobre las manifestaciones artísticas que, con motivos tan variados, están expresados en los dibujos incisos de los volantes de huso construidos por los Chibcha. Desde luego, este trabajo, lo mismo que los anteriores, sólo es posible desarrollarlo lentamente, ya que es necesaria una cuidadosa comparación de las analogías y diferencias que aparecen en los elementos que integran las colecciones.

Como complemento de las anteriores investigaciones, se ha iniciado también en la Sección de Museología la consulta de los antiguos cronistas de la época de la Conquista, ya que los datos que éstos suministran constituyen la base primordial para la función de centro de divulgación que ha de llenar el Museo Arqueológico Nacional.

Labores de divulgación y enseñanza. —En desarrollo de una de las finalidades de la Sección de Museología, se ha venido impartiendo en el Museo Arqueológico una enseñanza, practicada sobre el material de las colecciones que posee. De esta labor se han beneficiado los distintos colegios que frecuentemente han visitado las salas destinadas a la exhibición y los particulares que han solicitado este servicio. Las cifras transcritas a continuación, no obstante ser incompletas, pues la Sección carece de un empleado especial que se encargue de llevar el control de los visitantes cuando el personal técnico está dedicado a otros menesteres, muestra el movimiento de visitas efectuadas desde el 1º de febrero hasta el 21 de junio del año en curso.

Visitas en general.....	1.277
Alumnos pertenecientes a 25 colegios de enseñanza secundaria y primaria.....	960
profesores que han asistido a estos mismos colegios.....	38
	<hr/>
TOTAL	2.275
	<hr/>

Sección de Moldeos, reparación y reconstrucción de piezas arqueológicas. –Este servicio está bajo la dirección del señor Jorge Enrique Lesmes, y constituye una auxiliar de la Sección de Museología, en lo que se refiere a la reparación de piezas arqueológicas. Existen algunos sitios prehistóricos en Colombia en los cuales, por circunstancias especiales que sería dispendioso enumerar aquí, el material recogido en las excavaciones hay necesidad de someterlo a reparaciones antes de presentarlo al público. En desarrollo del plan de fomentar los museos seccionales, en la Sección de moldeos se elaboran reproducciones de piezas arqueológicas, principalmente de estatuas de piedra de la zona de San Agustín.

En lo recorrido del presente año se ha hecho la reparación de los moldes de yeso existentes en el Museo y de 34 piezas arqueológicas, pertenecientes a distintos sitios prehistóricos de Colombia. Igualmente, se han sacado once reproducciones de estatuas de San Agustín, con sus correspondientes pátinas.

SECCION DE FOTOGRAFIA

Tan importante como reunir colecciones, es tener una fototeca con una documentación completa sobre los diferentes aspectos de las culturas pertenecientes a los indios colombianos de ayer y de hoy, para facilitar la investigación de elementos cuya consulta puede dificultarse por alguna circunstancia. Por otra parte, sólo mediante este sistema puede lograrse, dentro de un plan de intercambio, una documentación completa sobre las colecciones particulares y de entidades oficiales que se encuentran en el país y en el extranjero.

En cumplimiento de estos fines, la Sección de fotografía, colocada bajo la dirección del señor Armando Guzmán, ha procedido al montaje de un laboratorio que facilite la copia y revelado del material recogido en el terreno por el personal de investigadores. Las labores adelantadas han sido las siguientes: obtención de equipos y materiales, tales como

elementos químicos, provisión de papel, juego de cubetas, lámpara de seguridad marginadora, secadora, prensa y cortadora; hasta el presente se han elaborado los materiales fotográficos suministrados por el señor Henri Lehmann y por la comisión que adelanta en San Agustín las tareas de reconstrucción y preservación de los monumentos arqueológicos. Actualmente tiene esta sección cerca de trescientas ampliaciones con destino a la fototeca del Servicio.

Además de estas labores, el técnico encargado ha tenido la oportunidad de dar indicaciones al personal de las comisiones de investigación en lo que se refiere a la mejor manera de tomar las fotos documentales.

SECCION DE ARQUEOLOGIA, DIBUJO TECNICO Y CARTOGRAFIA

Es ésta una de las más importantes secciones con que cuentan el Servicio de Arqueología y el Instituto Etnológico Nacional; en ella colaboran la mayor parte del personal de investigadores, los cuales han realizado diferentes trabajos en San Agustín, Sogamoso, Tierrandentro, Macizo Central Colombiano y otras regiones del país.

Siendo el estudio del medio geográfico un factor indispensable para la investigación de la génesis y desarrollo de las culturas prehistóricas, aspecto éste descuidado en los estudios etnológicos elaborados hasta ahora en Colombia, la sección cuenta con especialistas que proyectan adelantar estas tareas, con miras de asesorar las misiones enviadas al terreno. Es así como, a más de cumplir con esta función, el Instituto Etnológico y el Servicio de Arqueología estarán dentro de poco tiempo en condiciones de cooperar con los centros de investigación geográfica en la importante labor que se proponen llevar a cabo. De los trabajos realizados en este sentido daremos cuenta cuando tratemos lo relacionado con la marcha y desarrollo de los seminarios de investigación.

Elaboración de materiales arqueológicos y otros trabajos. —Las tareas adelantadas en la Sección de Arqueología, Dibujo Técnico y Cartografía, pueden compendiarse así: elaboración de anteproyectos para el montaje del Salón de San Agustín en el Museo Arqueológico Nacional. Estudio técnico para construcción de vitrinas apropiadas para la exhibición de objetos prehistóricos; estos estudios fueron hechos para vitrinas murales aisladas. Dibujo de treinta y cinco planchas sobre material arqueológico obtenido en los trabajos llevados a cabo en San Agustín

durante los años de 1943 y 1944, en lo que se refiere a forma y dimensiones de las sepulturas, posición de los enterramientos, colocación de objetos, etc., según los planos originales levantados por los arqueólogos en el terreno.

En desarrollo del plan de trabajos cartográficos, se ha iniciado un estudio cuidadoso de las rutas que deben seguir las expediciones que se proyecta enviar al terreno, mediante la construcción y ampliación de mapas, haciendo anotaciones sobre los principales aspectos geográficos que deben observarse. Igualmente se han hecho correcciones a las cartas oficiales y particulares, según los datos recogidos por los expedicionarios. Este servicio ha colaborado también en la documentación geográfica destinada a algunos trabajos que se publicarán en el Boletín de Arqueología.

Investigaciones Arqueológicas. –Conforme al prospecto de trabajos arqueológicos iniciados en 1943, se continuaron las investigaciones en San Agustín y Sogamoso, sitios de vital importancia para el conocimiento de la prehistoria colombiana. Paralelamente con estos trabajos se adelanta la preservación y reconstrucción de los monumentos arqueológicos. Las comisiones asentadas en estas zonas han tenido el carácter de permanentes y las investigaciones realizadas hasta ahora pueden resumirse así:

En San Agustín. –En este importante sitio arqueológico, en donde se encuentran las más altas manifestaciones culturales dejadas por los antiguos indios de Colombia, las cuales están expresadas en una desarrollada estatuaría de piedra y en un complicado culto funerario, se continuaron las excavaciones en el Parque Arqueológico Nacional, bajo la dirección del señor Luis Duque Gómez y en colaboración con el señor Alberto Ceballos Araújo. Estas investigaciones, iniciadas en 1943, bajo la misma dirección, se realizaron hasta el mes de agosto de 1944 y sus resultados fueron de extraordinario interés para el estudio de la ya famosa cultura megalítica del Alto Magdalena. Alrededor de cien excavaciones, practicadas directamente sobre sepulturas antiguas, dieron como resultado el hallazgo de muchas cerámicas prehistóricas y de más de treinta esqueletos humanos, podríamos decir que los primeros hallados en esta zona arqueológica, pues los hallazgos anteriores, bien sea por la técnica seguida en las excavaciones o bien por el mal estado de conservación de los restos óseos, no habían permitido ninguna apreciación relacionada con el factor antropológico. Por primera vez se pueden, pues, presentar algunas de las características del Hombre Agustiniense, tales como

proporciones aproximadas del cuerpo, estatura, características del cráneo, etc. Al lado de estos hallazgos se comprobaron antiguas costumbres funerarias, tales como entierro de primera y segunda fase, cremación de los cadáveres, entierro de urnas funerarias, entierro en posición de “feto en útero”, costumbres éstas que no están muy alejadas de las que alcanzaron a observar los cronistas que llegaron en la época de la Conquista. Los resultados de estas investigaciones se elaboran actualmente en el Servicio de Arqueología, con el fin de darlos al público en una edición especial.

Al lado de los trabajos enumerados anteriormente, se adelantan en el Parque Arqueológico Nacional de San Agustín las tareas de reconstrucción y preservación de los monumentos prehistóricos, bajo la dirección del señor Alberto Ceballos Araújo, así: construcción de una sala museo, destinada a la exhibición de las piezas excavadas por las distintas misiones de estudio; construcción de cobertizos sobre los sitios arqueológicos descubiertos en 1943 y 1944; limpieza y arreglo de los lugares en donde están emplazadas las estatuas de piedra y los montículos artificiales; apertura de caminos que den fácil acceso a los sitios de mayor importancia. Actualmente se adelanta una preservación técnica de la Fuente de Lavapatás, mediante la desviación del cauce por donde corre la quebrada del mismo nombre y la construcción de un cobertizo destinado a cubrir las partes más interesantes de la roca labrada.

Las tareas enunciadas han contribuido notablemente, no sólo al adelanto de las investigaciones arqueológicas en San Agustín, sino también al fomento del turismo nacional y extranjero en esta región.

En Sogamoso. –Bajo la hábil dirección del arqueólogo Eliécer Silva Celis, el estudio de la cultura chibcha ha tenido un notable avance con los trabajos realizados por este investigador en Soacha y Sogamoso. En desarrollo de la ley sobre reconstrucción del antiguo Templo del Sol y excavaciones de las zonas aledañas, el Servicio de Arqueología ha destinado las sumas necesarias y suministrado las elementos indispensables para la culminación de estas investigaciones. Hasta el presente se han excavado cuatro necrópolis, en los cuales se ha exhumado gran número de elementos culturales, tales como objetos de industria lítica, de hueso, de concha, cerámica, piezas de orfebrería. Con estas colecciones se dará comienzo al Museo Seccional de Sogamoso y se completarán las que existen en el Museo Arqueológico Nacional. Después de realizar la excavación de varios centenares de enterramientos, el señor Silva Celis ha logrado poner en evidencia importantes conclusiones en relación con

la arqueología chibcha y las cuales pueden resumirse así: existencia de habitaciones de planta circular, con la utilización de fuertes maderos en la construcción de las mismas, protegidos con distintos elementos contra la acción destructora de los agentes naturales; la existencia de una arquitectura rudimentaria y pobre entre los antiguos chibcha; uso de instrumentos musicales, cuyo origen debe buscarse en otras regiones distintas del Altiplano, hecho éste que manifiesta relaciones culturales y comerciales con otros pueblos; explotación de preciosos recursos minerales tales como el carbón de piedra; inhumación dentro de los bohíos; entierro de niños en urnas funerarias y pintura roja aplicada a los esqueletos.

Como en San Agustín, se adelanta en Sogamoso una protección de las sepulturas excavadas, con la intención de formar un parque arqueológico en esta zona.

SEMINARIOS DE INVESTIGACION ETNO-GEOGRAFICA

Siendo sumaria, y en ciertos aspectos incompleta, la enseñanza impartida por el Instituto Etnológico Nacional en su empeño de formar un cuerpo de investigadores, la Dirección optó por clausurar en el presente año la entrada de nuevos alumnos, hasta tanto se logre la completa formación del personal iniciado, mediante seminarios de investigación y prácticas en el terreno. Por otra parte, los recursos con que cuenta el Instituto en la actualidad no permiten garantizar el empleo de nuevos cupos de investigadores. No significa esto que la enseñanza especializada que actualmente se realiza no esté abierta a todos los interesados y a aquellas personas que soliciten una información más o menos detallada para complementar su cultura general. Esta función docente del Instituto se reanudará tan pronto como las circunstancias permitan y favorezcan el desarrollo de un plan de estudios de dos años, combinado con las prácticas indispensables en el terreno, y cuando haya la posibilidad de ofrecer a los presuntos investigadores una posición económica decorosa que les permita dedicar todo su tiempo a las labores etnológicas.

Para lograr estas finalidades, se desarrollan en el presente año dos seminarios de investigación, a cargo de los profesores Ernesto Guhl, especialista en estudios geográficos, y José Recassens, investigador de temas relacionados con la etnografía. Además de perseguirse el complemento de conocimientos, las prácticas y trabajos que se llevan a cabo en los seminarios están orientados en tal forma que permitan la inicia-

ción de trabajos etno-geográficos sobre aspectos que están por iniciarse en Colombia.

El estudio de las características y difusión de los elementos etno-geográficos y de los factores que contribuyen a influenciar el medio, han sido los objetivos principales que se han perseguido en el presente año. Los aspectos tratados y discutidos han sido los siguientes: la obtención del fuego desde el punto de vista etnográfico, su tecnología en Asia y en América; métodos de obtención, conservación y utilización. Fundamentos de las escuelas etnológicas funcionalista y difusionista. Elementos constitutivos del clima (calor y luz, latitud, distribución de mares y tierras, constitución del suelo, corrientes marítimas, vientos y vegetación, temperaturas, presiones, lluviosidad, humedad y nebulosidad), herencia y medio ambiente, medio natural, suelo y paisaje, el hombre y las diferentes clases de clima, la influencia del suelo. Características del clima de la Sabana de Bogotá y lo poco adecuados e insuficientes de los sistemas con que se han definido sus características.

Con el objeto de poner en marcha el plan de prácticas dirigidas en el terreno para los investigadores de las distintas especialidades, y de allegar datos en relación con el medio geográfico, se organizó en el mes pasado una expedición con el fin de visitar las zonas arqueológicas de San Agustín y Tierradentro y algunas regiones paramunas del Macizo Colombiano, particularmente aquellas en donde nacen los grandes ríos de Colombia. Esta comisión estuvo integrada por los señores Luis Duque Gómez, Director del Servicio de Arqueología y del Instituto Etnológico Nacional, Ernesto Guhl y Julio César Cubillos, investigadores del mismo Instituto. Los resultados alcanzados fueron los siguientes: observación de las características arqueológica de las zonas de Tierradentro y San Agustín; estudio económico-social de algunas parcialidades de los indios Páez y de Guachicono; reseña de las colecciones arqueológicas que se encuentran en el Museo de la Universidad del Cauca y en el Colegio de Nuestra Señora del Pilar, en Popayán; visita al Archivo Central del Cauca. Observaciones que parecen demostrar que el clima de Colombia tiene como causa fundamental las características de la zona intertropical y los movimientos marítimos y atmosféricos, y como causa secundaria la topografía local; el relieve de la región de Tierradentro como fortificación topográfica aprovechada antiguamente y en la actualidad por los indios Páez; el mal aprovechamiento de las tierras de los resguardos indígenas, debido a la práctica de un colectivismo mal dirigido; comparación de las características geo-

gráficas de las zonas de San Agustín y Tierradentro; el clima local de San Agustín, cuyo estudio demuestra que está poco influenciado por causas locales; el nacimiento de la Cordillera Oriental y lo poco fundamentado de la tesis que sostiene que en esta región del Macizo Central Colombiano no se observan sino dos cordilleras; reparos a la idea que se tiene respecto de la famosa “estrella fluvial de Colombia”; la típica situación de los pantanos ubicados en los altiplanos de Paletará y Páramo de las Papas; detalles relacionados con los nacimientos de los ríos Magdalena y Caquetá; descripción de algunas lagunas del Macizo Central Colombiano; el secreto del nacimiento del río Cauca; las fuentes del río Patía; comparación y descripción de los páramos del Macizo y los de Sumapaz; la densidad de población en el Páramo de las Papas y en la región en general, fue más grande en la época prehistórica que en la actualidad. Estos y otros aspectos más, observados en la correría a que nos venimos refiriendo, serán la base para futuros seminarios y para la elaboración de trabajos destinados al Boletín de Arqueología.

PARQUES ARQUEOLOGICOS

Gracias a los trabajos arqueológicos desarrollados en la zona de San Agustín y al entusiasmo demostrado por los ciudadanos de esta población ante el interés puesto por el Ministerio para el estudio de esta cultura, el señor Juan Friede cedió a la Nación importantes lotes ubicados en la finca denominada Alto de los Idolos, los cuales encierran un buen número de estatuas de piedra emplazadas en uno de los sitios de mayor importancia arqueológica de la región. El Servicio de Arqueología, en conexión con la Sección Jurídica del Ministerio, ha dado los pasos conducentes para legalizar dicha donación, que viene a ensanchar en forma considerable el Parque Arqueológico de San Agustín y a facilitar las tareas de conservación de estos monumentos.

En Tierradentro, el Cabildo de Inzá, interesado en el plan de labores bosquejado por la Dirección del Servicio Arqueológico para la formación de un parque, acordó, por unanimidad, ceder a la Nación tres lotes en los sitios denominados El Tablón, El Escaño y la Loma de San Andrés, en donde se encuentran los principales monumentos de esta cultura desaparecida. Con estas facilidades se dará comienzo en el término de pocos meses a la construcción de una casa amplia que pueda prestar servicios de alojamiento al celador de monumentos y a las comisiones de estudio.

PUBLICACIONES

Para dar a conocer las investigaciones realizadas en el Instituto Etnológico y en el Servicio de Arqueología, estos centros cuentan con dos órganos de publicidad que son, la Revista del Instituto Etnológico, dirigida por el profesor Rivet, con la asesoría del señor José Recassens, en la cual se publican trabajos completos sobre distintas ramas de la etnología colombiana, y el Boletín de Arqueología, destinado a la publicación e información del movimiento de las investigaciones y de monografías cortas, el cual se reparte gratuitamente entre las entidades oficiales y los particulares interesados dentro y fuera del país. En el presente año se han dado a la luz pública la segunda entrega de la Revista y tres números de la nueva serie del Boletín; actualmente están en prensa dos nuevas entregas de estos órganos de publicación.

MISIONES DE ESTUDIO

En conexión con el Servicio de Arqueología y con el Instituto Etnológico Nacional, han trabajado en Colombia las siguientes misiones extranjeras: Doctor Pál Kelemen, acompañado de su esposa, quienes han hecho valiosas contribuciones al estudio y difusión sistemática del Arte Precolombino. Los esposos Kelemen hicieron un detenido estudio de las colecciones de orfebrería y de cerámica prehistóricas del Museo Arqueológico Nacional y del Banco de la República. Señor Fernando Cámara Barbachano, investigador del Instituto de Antropología de México, quien, en desarrollo de su gira de estudios por Sur América, permaneció en Colombia por espacio de algunos meses y visitó regiones como las de Tocancipá, Sogamoso, Laguna de Tota y otras zonas situadas en el Valle del Cauca, en las cuales hizo observaciones de carácter social entre los grupos indígenas. Señor Carlos Margain, arqueólogo del mismo Instituto mexicano, quien, en conexión con los investigadores del Instituto Etnológico y del Servicio de Arqueología, hizo estudios de las colecciones de orfebrería que posee el Banco de la República, de las colecciones de cerámica pertenecientes al Museo Arqueológico Nacional, y visitó las zonas de Sogamoso y San Agustín, en las cuales dio indicaciones relacionadas con la presentación sistemática de los materiales de cerámica exhumados en las excavaciones. Los investigadores mencionados dejaron en Colombia copia de sus trabajos, los cuales serán publicados oportunamente.

Con todo y lo halagüeño del estado actual de la investigación etnológica en Colombia, en el cual ha influido notablemente el franco y decidido apoyo de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes, el Instituto Etnológico y el Servicio de Arqueología están aún lejos de llenar a cabalidad su cometido. Las necesidades más apremiantes que contemplan y que requieren una solución inmediata, pueden resumirse en las siguientes:

1ª.- Un local apropiado para el funcionamiento del Museo y de las secciones de investigación. Actualmente se cuenta sólo con tres salones en la Biblioteca Nacional y con una casa inadecuada, que dificultan los fines que se propone desarrollar el Museo y hacen difícil el trabajo de los investigadores.

2ª.- La formación de un museo etnográfico, con el fin de exponer al público los elementos culturales de los grupos indígenas existentes en el territorio nacional, para lo cual hay necesidad de contar con salas adecuadas y comprar colecciones.

3ª.- El aumento del personal de investigadores destinados a los trabajos en el terreno, con el fin de recoger datos lingüísticos, antropológicos y etnográficos, los cuales están en vía de desaparición y que por lo tanto constituyen un objetivo inmediato de estudio.

4ª.- La expedición de una ley que garantice la estabilidad del personal contratado y de la organización que se ha puesto en marcha en el presente año.

5ª.- La reforma de las disposiciones vigentes sobre defensa del patrimonio prehistórico del país, las cuales, debido a lo contradictorias e insuficientes, no garantizan el cumplimiento de esta función.

6ª.- La vigencia del Decreto No. 1060 de 12 de mayo de 1936, sobre reglamentación y censura de las misiones científicas que se propongan realizar estudios en el territorio colombiano, las cuales, no obstante el tenor del Artículo 8º. del mismo Decreto, no vienen cumpliendo las obligaciones que les han sido estipuladas, y

7ª.- La mejor dotación de los laboratorios indispensables para la elaboración de los materiales recogidos por las expediciones en el terreno.

Luis Duque Gómez
Director

A R Q U E O L O G I A

EL MUSEO ARQUEOLOGICO DE LA UNIVERSIDAD DEL CAUCA EN POPAYAN

Por HENRI LEHMANN

Las colecciones de que se compone este museo, son muy especializadas, pues provienen todas de una región que puede ser delimitada en el Norte por el Valle del Cauca y en el Sur por los límites con el Ecuador; es decir, comprenden el Suroeste de la República de Colombia, entre la Cordillera Oriental y la Costa del Pacífico. La más septentrional de las regiones representadas es la de Corinto, que administrativamente pertenece todavía al Departamento del Cauca, pero geográficamente está en el Valle del Cauca. Las regiones más meridionales son los alrededores de Ipiales, al oriente de la altiplanicie de Túquerres, y las inmediaciones de Tumaco, en la Costa del Pacífico.

La mayoría de los objetos provienen de exploraciones y excavaciones personales; pero gran número de ellos han sido adquiridos, sea por compra, sea por donaciones. Muy pocos son los objetos cuyo origen es dudoso. Entre los adquiridos hay muchos que fueron comprados “al pie de la guaca”, es decir, al gUAQUERO que trabajó en lugares por donde hemos pasado. Si el origen de estos objetos no es dudoso, les falta, por desgracia, la descripción y las circunstancias del hallazgo. Los gUAQUEROS en general no se dan el trabajo de distinguir entre objetos procedentes de guaca No. 1, 2, 3, por ejemplo; conservan todos los objetos juntos; rara vez es posible dar los detalles necesarios que permitan distinguir entre costumbres funerarias de tal o cual pueblo.

El museo fue fundado por nosotros a fines de 1942, bajo la rectoría del doctor Alfredo Caballero Escovar. Su sucesor, el doctor Antonio Lemos Guzmán, siguió con el mismo interés los esfuerzos que se hicieron para enriquecer las colecciones.

Las colecciones de Tierradentro, registradas bajo los números 42.1 y 42.2 ya hacían parte de la Universidad del Cauca antes de mi llegada a ese Instituto. Las otras entraron al Museo entre diciembre de 1942 y febrero de 1945.

POBLACIONES EN EL SUROESTE COLOMBIANO ANTES DE LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES

Los primeros cronistas que llegaron al país y que escribieron sobre estas regiones fueron Pedro Cieza de León y el Adelantado Pascual de Andagoya (1). Fueron ellos los que nos dejaron una descripción bastante buena sobre los indios que en el siglo XVI poblaban el Suroeste colombiano. Gracias a sus relatos podemos ubicar a los indios que hablaban la lengua de Popayán, lengua que se ha conservado hasta hoy entre los Guambiano, los Ambaló, los Totoró y unos pocos Polindara. Sus vecinos, por el Norte, fueron los indios del Valle del Cauca, que seguramente pertenecían a los Quimbaya, por lo menos los que vivían en las estribaciones de la Cordillera Central. Por el Sur, colindaron con los Quilla y los Quillacinga; estos últimos se extendieron hasta la región vecina de Pasto. Los indios Patía formaban el puente entre los indios de Popayán (grupo Guambiano-Kokonuko) y los Quillacinga. Sus límites septentrionales en la Cordillera Occidental han sido probablemente las regiones llamadas Las Juntas por Cieza de León, que puede identificarse con la confluencia de la quebrada de Las Juntas con el río Jejenes, en el Municipio de El Tambo (Cauca). Puede ser que estos indios hayan pertenecido a los Quillacinga.

Las tribus orientales eran las de Tierradentro y de Moscopán. Es probable que ya en el momento de la Conquista la región de Moscopán estuviera despoblada. Los Indios de Tierradentro fueron los Páez, que todavía tienen su centro en los mismos parajes. Pero las industrias de los Páez actuales se distinguen tanto de las industrias encontradas en excavaciones, que surge el problema de si acaso no fueron tribus diferentes de las actuales las que poblaron Tierradentro antes de la llegada de los Páez.

En el Occidente encontramos tribus del grupo Guambiano-Kokonuko hasta la cima de la Cordillera Occidental. Son los Chisquío, probablemente los mismos “Chesquío” de Cieza de León. En la vertiente de la Costa de la misma Cordillera vivían los Cholo, como hoy día, grupos pertenecientes a los Chocó, los cuales forman parte de la gran

familia lingüística Karib, según los últimos estudios de Paul Rivet (2). El Padre Marcelino de Castellví habla de especies de “kjókkenmöddings”, montones de conchas, encontrados por el Padre Gómez en la región costera del Cauca, pertenecientes posiblemente a civilizaciones mucho más primitivas. Desgraciadamente no pudimos encontrar los vestigios de estos hallazgos, que han sido depositados en las colecciones del Seminario de Popayán.

LAS COLECCIONES DEL MUSEO ARQUEOLOGICO

1.— El Parque Arqueológico.

Seis esculturas de piedra se hallan en el gran patio de la Universidad, de las cuales la del centro es, sin duda ninguna, la más importante (Lámina I). Está registrada bajo el número 43.12.1. Fue excavada por nosotros en 1943, en trabajos arqueológicos realizados en la finca del señor Cosme Fernández, en La Candelaria (región de Moscopán). Representa el tipo más realista de todas las esculturas hasta ahora conocidas en Colombia y en América del Sur. Las proporciones muy típicas —una cabeza grande en comparación con el cuerpo entero— la clasifican entre el arte de San Agustín. El gran realismo de los detalles como los ojos, las mejillas, los labios, las manos y los pies, hace pensar que los indios figuraron en ella a un dignatario civil, cacique o cacica, más bien que a una divinidad. El vestido consiste en un taparrabo fijado al cuerpo por una huasca torcida (3). (Lámina III).

Otra estatua, procedente del mismo lugar, pero encontrada en superficie, es la pequeña No. 43.12.2., que se encuentra en la esquina derecha del patio. El hecho de que hubiera sido expuesta durante siglos a la intemperie del clima, explica su mala conservación. (Lámina II).

Dos estatuas más provienen de la región de Moscopán. La que se encuentra colocada en el lado derecho del patio, detrás de la pequeña estatua de La Candelaria, proviene de la hoya del río Quebradón, del punto Yarumalito, donde la vimos en 1943. Está trabajada en un esquisto, lo que dificultó su ejecución. Representa un personaje humano vestido solamente con un taparrabo. La ejecución es bastante sumaria; sin embargo se destacan bien los diferentes rasgos. Parece que tiene colgado en la cadera un objeto redondo. Su mala conservación no permite distinguir detalles; pero no me parece imposible la hipótesis de que este objeto redondo pueda ser la figuración de una cabeza reducida. Sabemos que muchos pueblos indígenas hicieron sus guerras con

el único fin de hacer prisioneros para poder reducir sus cabezas, que colgaban de su cintura como cabezas-trofeos. Representaciones análogas se encuentran desde Costa Rica hasta el Perú. La estatua está registrada bajo el número 45.3.1.

La otra estatua es una de las más importantes que la estatuaria agustiniana nos ha dejado. Esta trabajada en un andesita. Reúne rasgos antropomorfos y zoomorfos. Representa talvez una divinidad, pues las combinaciones hombre-animal son frecuentes en todas las culturas americanas. Quetzalcoatl, por ejemplo, el gran dios de los Toltecas, está figurado como serpiente de sonajas con plumas de ave quetzal y con cara humana. En San Agustín las representaciones del “segundo yo” tienen mezclados motivos humanos con motivos de animal. Nuestra estatua tiene nariz y boca de felino; desgraciadamente la boca está dañada, pero todavía se distinguen bien unas líneas horizontales, seguramente pertenecientes al bigote de un puma. Representaciones del puma son muy frecuentes en el arte peruano, ante todo en pintura sobre vasijas de Nazca. Los ojos, las orejas con zarcillos y la posición de los pies, son de un hombre, pero el pene bien desarrollado y los 4 dedos o uñas de los pies en vez de 5, son más bien zoomorfos. Hasta ahora es la primera representación conocida de este tipo en toda la estatuaria agustiniana. Está en el registro bajo el número 45.2.1.

La estatua de la esquina izquierda, registrada bajo el número 43.5.1. proviene de la hoya del río Cauca. Fue conservada durante largo tiempo en el caserío de El Rosario (municipio de Cajibío), de donde la llevaron a la Universidad. El estilo es muy distinto de las anteriormente descritas; más sencillo, las manos puestas sobre el vientre en ángulo recto, completamente desnudo con indicación del sexo. En la proporción también se distingue de las estaturas de San Agustín (4).

Del mismo tipo es el torso de un personaje masculino, procedente de Las Botas (Municipio de El Tambo). Le faltan la cabeza y las piernas; no obstante puede también apreciarse la alta calidad de la obra. Como en la estatua precedente, las dimensiones son alargadas, en comparación con las estatuas de Moscopán de tipo agustiniano. Está registrada bajo el número 43.10.6.

2.– El Museo

Las colecciones se hallan en tres salones contiguos del segundo piso de la Universidad: dos salones para la colección pública y uno para la reserva, la sala de trabajo y el laboratorio.

La colección pública

Varias esculturas están en exhibición. Como en las del patio, se destacan claramente dos estilos: uno, el de Popayán y de la Cordillera Occidental, caracterizado por bloques de piedra sobre los cuales los detalles de las personas están esculpidos en relieve como sobre una columna. Los brazos están generalmente colocados sobre el vientre, en ángulo recto. De este tipo son los números 43.10.7. y 42.1. Aparecen decapitadas sin duda por buscadores de oro. Al mismo grupo pertenecen el fragmento 43.4.1. del río Seguengue y la cabeza No. 44.6.1., encontrada en los cimientos de la casa del doctor Castellanos, a proximidad de la Galería. Se caracteriza por la oreja en forma de media luna.

El otro estilo está representado por dos esculturas de Tierradentro (42.1.45 y 46) y dos de Moscopán-San José (43.6.1. y 2.). Entre estas últimas, de trabajo más rústico, una está esculpida en micaesquisto, la otra en contacto de roca eruptiva con el esquisto. Pero no obstante la diferencia del material –las dos esculturas de Tierradentro son de andesita–, estas cuatro pertenecen a una misma área de civilización y se distinguen, ante todo por sus proporciones, de los objetos antes examinados de la región de Popayán y de la hoya del río Cauca.

Una piedra de moler, No. 43.6.3., demuestra el tipo más frecuente y conocido en toda la zona del maíz hasta los Estados Unidos. Es un elemento cultural de un gran número de tribus indígenas. Generalmente no tienen estas piedras decoración alguna; por eso la piedra No. 44.9.21, encontrada en la región de El Carmen (Municipio de San Lorenzo, Nariño) y en la cual está esculpido un relieve, es sumamente rara. El animal representado con una cola larga y una cabeza doblada recuerda, con dos largas patas, un animal prehistórico, si es que no es la estilización de un tapir.

La primera vitrina contiene una pequeña sección antropológica, con unos cráneos encontrados en Tierradentro, El Tambo y Corinto. Varios de éstos tienen la deformación artificial del tipo tabular erecta de Imbelloni (5). Una gran urna encontrada en los alrededores inmediatos de esta ciudad, contiene los restos de un niño de 3 a 4 años; se encontró en una bóveda especialmente construida con este propósito. (43.7.1. y 2). El entierro en urnas es muy frecuente en Colombia, especialmente en la hoya del río Magdalena. Más raro es el entierro de niños en urnas, sobre todo conocido entre los Diaguita (Argentina), donde se encontraron grandes cementerios para los niños. En Popayán es hasta ahora la única urna conocida de este género.

La industria de los indios Pubenés, que vivían en toda la región de Popayán, está representada por ollas con y sin grabados, torteros semi-esféricos, hachas, anzuelos y algunas narigueras de oro o tumbaga. En el cementerio de El Chirimoyo, en la finca de La María, los Indios distinguían entre tumbas de hombres y tumbas de mujeres, pues nunca han sido encontrados elementos típicos de hombres, como hachas de piedra, mezclados con instrumentos típicos de mujeres, como torteros, con los cuales las indias suelen hilar sus fibras. Dos asientos de madera (No. 44.7.1. y 2), encontrados en tumbas, completan los elementos típicos de los antiguos habitantes de la región. El mismo tipo de banco trabajado en un solo tronco todavía se encuentra en casi la totalidad de las casas indígenas de los Guambiano, Totoró, Polindara y Páez.

La cerámica de Tierradentro se distingue por la sencillez de sus formas y la calidad de la arcilla. La loza de este tipo, que tiene su centro de divulgación de El Pedregal, es generalmente negra, de formas muy variables y a veces con decoración incisa. Muy frecuente es la vasija trípode, cuyo centro de repartición es San Agustín, Moscopán y Tierradentro, otro ejemplo del parentesco de estas tres regiones vecinas.

Otro tipo de la cerámica de Tierradentro son los fragmentos que fueron encontrados por Jorge Burg en el sepulcro 9 de la necrópolis de San Andrés, y que figuran bajo el número 42.1. (6). Estos fragmentos representan cabezas antropomorfas y zoomorfas, caras cuyo rostro demuestra un tatuaje a veces vertical, a veces horizontal; cabezas de felinos, serpientes y animales marinos; pedazos de ollas de formas muy distintas. Nunca han sido encontradas vasijas completas de este género, lo que hace suponer que los indios las quebraban antes de depositarlas en la tumba. La cerámica de Moscopán tiene mucha semejanza con la de Tierradentro, pero hasta ahora, en las pocas excavaciones que se han verificado allí, no se ha encontrado loza tan fina como la de Pedregal.

Dos vitrinas contienen objetos procedentes de la región del Patía. La mayor parte proviene de excavaciones hechas en la hoya del río Guachicono. Las grandes ollas tapaban en general la entrada a la bóveda y se encontraban en el fondo del pozo: la boca dentro de la bóveda, la panza y el asiento afuera. Estas piezas estaban pegadas con barro crudo contra la pared de entrada, en posición ligeramente diagonal, con el cuello inclinado hacia abajo. Es probable que esta posición tenga una significación simbólica. La decoración que aparece en varias ollas, es geométrica: motivos muy distintos, casi siempre en rojo sobre fondo claro o

en crema sobre fondo rojo. La cerámica del río Guachicono se destaca por sus pinturas, mientras la del Valle del Patía tiene decoración grabada. Entre la loza del Guachicono se distinguen dos tipos: uno muy fino y liviano (ejemplo No. 44.4.35.) y otro más tosco y muy pesado (ejemplo No. 44.4.12 y 23). Ambos se hallan frecuentemente mezclados en la misma tumba. En la región del Valle del Patía y en la Cordillera Occidental, en las vertientes que bajan hacia el valle, no se ha encontrado sino un tipo pesado.

La cerámica del Patía forma un puente entre la cerámica de los indios de Popayán y la de los indios que vivían cerca de Pasto. Forma en cierto sentido una avanzada de estos indios, que probablemente pertenecían al grupo de los Quillacinga.

Del sitio de El Carmen (Municipio de San Lorenzo) provienen dos ollas globulares con decoración pintada (44.9.23 y 24.); tienen la misma forma que las ollas del río Guachicono. La región donde fueron encontradas, está situada entre La Unión y Taminango; se cree que hasta allí llegaban los Quillacinga (7).

La colección que proviene de Cuaspud (Municipio de Potosí, Nariño) fue comprada a un guaquero. Esta región está situada en las inmediaciones de Las Lajas cerca de la frontera con el Ecuador; ha sido y es todavía poblada por Indios Pastos. La colección se compone de unas 60 cerámicas, la mayor parte de una loza muy fina. El mismo estilo se encuentra en el Ecuador, en las provincias del Carchi, tanto en las formas como en la decoración. Una olla en forma de tortuga, pequeños patos en relieve, culebras y motivos geométricos en pintura, comprueba el alto sentido artístico de los que las trabajaron. La preferencia por los detalles, el gran número de animales que se encuentra en estas cerámicas, se deben seguramente a influencias procedentes del Sur, de las civilizaciones del Perú.

Muy distinto es el estilo de los objetos que provienen de la Costa del Pacífico, de la región de Tumaco. Gracias a la amabilidad del señor Max Seidel, rector del Colegio de esa ciudad, quien nos regaló una pequeña colección, el Museo Arqueológico posee algunos objetos de este tipo. La colección registrada bajo el número 44.2., se compone en su mayor parte de pequeñas cabezas de barro de tipos muy distintos. Mientras la influencia en las regiones de la montaña proviene del Sur, no hay duda que el movimiento de la Costa va en sentido opuesto. Estudiando atentamente estas piezas encontramos muchas semejanzas con cabezas de México y de regiones habitadas por los Maya. Muchas tie-

nen deformación artificial del cráneo. El mismo estilo se extiende en el Sur, por la Costa, hasta la región de Esmeraldas. No queda duda de que los Indios de la Costa estaban en constante intercambio comercial con los indios de Centro América. Puede ser que éstos hubieran llevado consigo algunas de estas cabezas, que se encuentran en gran número en toda la zona centroamericana y mexicana; puede ser también que se hubiera formado una industria local, influenciada por los aportes traídos desde el Norte. En general se han conservado solamente las cabezas, figuras enteras son bastante raras. Como parte de las regiones que influenciaron estas cerámicas están situadas sobre la Costa del Golfo de México, podemos suponer que los indios se servían del estrecho de Panamá para transitar del Atlántico al Pacífico.

La cerámica de Corinto está muy bien representada en el Museo. La misión llevada a cabo en 1943 trajo más de 350 objetos de la región. La cerámica pertenece a los dos tipos designados por Ford como “Quebrada Seca Complex” y “Río Bolo Complex” (9). Todas las piezas traídas del Salado y de la Hacienda de las Guacas pertenecen al “Quebrada Seca Complex”. Los tipos más frecuentes son copas de pie, ollas globulares de pie, ollas globulares con asiento en punta, escudillas y platos con asiento abombado, pequeñas vasijas cilindrioides de pie o con asiento abombado. La decoración es un relieve o un grabado. Muy frecuente es la utilización de la cara humana, cuyo desarrollo puede estudiarse en varios ejemplares que van de lo más realista hasta lo más estilizado. Ciertas escudillas tienen decoración geométrica, obtenida por grabados y engobes. Muy raras son las ollas del tipo “dos en una” y que no figuran en la colección Ford. Pertenecen seguramente al “Quebrada Seca Complex”. El Museo posee tres vasijas de este tipo, dos copas de pie en las cuales está hundida una olla globular en posición diagonal (43.3.71 y 72) y una olla con asiento en punta, sobre la cual está superpuesta otra sin fondo, con estilización de la cara humana en relieve (43.3. 165). El tortero no tiene sino una sola forma, pero se distingue el tortero de los Pubenés. La cerámica de El Salado, fue comprada a un guaquero; la de Las Guacas, excavada, pero no se hallaba en posición original, pues las tumbas habían sido robadas, sin duda en época de la Colonia. Eso explica también el que muchas piezas se encuentren quebradas.

Las excavaciones realizadas en el “Alto de la Quebrada de las Guacas” (Potrero Kanas) y en la “Capilla del Río Negro” hicieron aparecer una cerámica distinta, sin duda perteneciente al “Río Bolo Com-

plex”. Es de tamaño reducido y se caracteriza por un gran número de pequeñas asas. En ninguna de las tumbas del potrero Kanas o de la Capilla del Río Negro han sido encontrados objetos de oro, lo que probablemente es una característica de esta civilización, pues el oro se encuentra frecuentemente en tumbas del “Quebrada Seca Complex”.

Las tumbas de la región de Corinto son muy ricas en cerámicas; generalmente se encuentran unos 15 objetos en cada bóveda, pero han sido excavadas hasta 300 cerámicas en una sola tumba. Varios cadáveres están colocados en la misma bóveda. Durante las excavaciones en la Capilla del Río Negro se encontró una olla con osamenta incinerada (43.3.216), tipo del segundo entierro, y dos con decoración grabada, que contenían un líquido que, analizado en el Laboratorio del Profesor Cuatrecasas en Cali, resultó ser agua. Otra olla (43.3.187 y 191), servía sin duda para ser cargada; tiene dos pequeñas asas perforadas, simétricas y correspondientes a la misma altura dos pequeñas protuberancias con incisiones en forma de canales. El tamaño relativamente reducido de la olla hace pensar que se trata de un modelo (43.3.211).

La colección de estudio

Esta colección se halla en un salón que sirve al mismo tiempo de sala de trabajo. Está colocada en estantes y clasificada según las civilizaciones, y, dentro de las civilizaciones, según los tipos. Se compone de series repetidas que no hay necesidad de mostrar en su totalidad en la colección pública, pero que son importantes para el estudio de la repartición de los elementos culturales. Encontramos aquí los mismos tipos que en la colección pública, cerámica de la región de Popayán, de Tierradentro, de Corinto, del Patía y de Cuaspu, para no citar sino las más importantes.

En el mismo salón se preparan también las colecciones que entran al Museo. Aquí se limpian los objetos, se numeran y registran; se reparan, si llegan rotos; aquí se hace el catálogo (10).

En la numeración se sigue el sistema recomendado por el Instituto Etnológico de París. Cada objeto tienen tres números en cifras arábigas, el primero corresponde al año durante el cual entró al museo; el segundo es el número de la colección en su año determinado y el tercero es el de orden en la misma. 44.4.35, quiere decir que el objeto con este número es el 35 de la cuarta colección que entró al Museo Ar-

queológico en 1944. Los mismos números figuran en el registro y en el catálogo. El registro es un libro, en el cual figuran todos los objetos desde que entraron al museo, con una descripción muy sumaria. El catálogo se hace sobre fichas. Cada ficha de catálogo se compone de 10 puntos, así como en el Musée de l'Homme de París. El No. 1 indica el lugar de donde viene el objeto. Se comienza por lo más general y se termina por lo detallado. El 2 dice lo que es el objeto. El 3 da una descripción muy detallada con todas las medidas necesarias. El 4 indica el uso, la fabricación, todos los detalles técnicos. El 5 da el nombre de la tribu que fabricó el objeto y, si posible, el nombre de la persona. Este último se aplica casi exclusivamente para objetos de factura reciente. El 6 indica la persona que lo encontró. Los números 7 a 10 son ante todo de importancia interna. El 7 describe cómo entró el objeto al museo. El 8 da la referencia fotográfica, en caso de que un negativo del objeto exista en el museo. El 9 indica el lugar, en donde ha sido mostrado fuera del museo, en una exposición, etc., por ejemplo. El 10 hace la bibliografía y menciona todas las publicaciones en donde éste aparece.

COLECCIONES DEL MUSEO ARQUEOLOGICO

- 42.1. Misión Jorge Burg. Objetos de Tierradentro. 1936 (44 objetos).
- 42.2. Colección Ricaurte Hurtado y José Vidal. Objetos de Tierradentro. 1939 (35 objetos).
- 42.3. Colección Gonzalo Lemos Velasco. Objetos de Tumaco. 1940. (7 objetos).
- 42.4. Colección Julio Montenegro. Estatua de Seguengue. (1 objeto).
- 42.5. Donación Alva Negret. Cerámica de Corinto. (1 objeto).
- 43.1. Colección José María Carvajal. Patenas de cobre de El Troje, cerca de Timbío. (20 objetos).
- 43.2. Misión Henri Lehmann. Excavaciones de la loma de El Chirimoyo, Popayán –Los Sauces– Finca de La María. (39 objetos).
- 43.3. Misión Henri Lehmann a la región de Corinto. (61 objetos).
- 43.4. Donación Eduardo Lorsch. Objetos de la región de Corinto. (17 objetos).
- 43.5. Colección Museo Arqueológico. Estatua del río Cauca, Rosario. (1 objeto).
- 43.6. Misión Henri Lehmann a Moscopán. (3 objetos).
- 43.7. Excavación Henri Lehmann en un cementerio indígena. Popayán. Loma de la fábrica de licores. (5 objetos).
- 43.8. Donación Ismael Velasco. Hacha de Puelenje. (1 objeto).
- 43.9. Donación Manuel Mosquera. Cerámica de la vega del río Guachicono. (26 objetos).
- 43.10. Excavación Henri Lehmann en la región de El Tambo. (7 objetos).
- 43.11. Colección Benjamín Iragorri Díez. Cerámica de Ispala –Puracé-. (3 objetos).

- 43.12. Misión Henri Lehmann a Moscopán. Estatua de piedra. (2 objetos).
 44.1. Donación H. L. Cerámica de la región de Popayán. (3 objetos).
 44.2. Colección Max Seidel. Cerámica de la región de Tumaco. (55 objetos).
 44.3. Colección Pablo Emilio Echeverri. Cerámica de la hoya del río Plata. El Congreso. Moscopán. (36 objetos).

BIBLIOGRAFÍA

- 1.- *Cieza de León, Pedro*. –La crónica de Perú. Biblioteca de autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, t. XXVI. Historiadores primitivos de Indias, t. II, Madrid, 1862, p. 349-458.
Andagoya, Pascual de. –Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila en la Tierra firme y de los descubrimientos en el mar del sur. Colección de documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia, recopilados por Antonio B. Cuervo. Bogotá, t. II, 1892, p. 77-125.
- 2.- *Rivet, Paul*. –La lengua chocó. Revista del Instituto Etnológico Nacional.
- 3.- Esta estatua y las dos siguientes han sido publicadas: *Lehmann Henri*, Arqueología de Moscopán. Revista del Instituto Etnológico Nacional, vol. I, entrega 2. Bogotá, 1944, p. 657-670.
- 4.- Las estatuas de este estilo fueron publicadas: *Lehmann Henri*. Notas arqueológicas del Cauca. Revista de la Universidad del Cauca, No. 1. Popayán, enero-febrero, 1943, p. 196-201.
- 5.- *Dembo, Adolfo e Imbelloni, J.*–Deformaciones intencionales del cuerpo humano de carácter étnico. Humanior. Biblioteca del americanista moderno. Buenos Aires, sin fecha. 348 pp.
- 6.- *Pérez de Barradas, J.* –Arqueología Agustiniense de Tierra Adentro. Bogotá, 1937.
- 7.- Un estudio sobre mis investigaciones en la región del Patía está en preparación.
- 8.- *Rivet, Paul y Verneau, René*. –Ethnographie ancienne de l'Equateur. París, 1912-1922.
- 9.- *Ford, James A.* –Excavations in the vicinity of Cali, Colombia. Yale University Publications in Anthropology, No. 31, New Haven & London, 1944. 79 pp.
- 10.- *Lehmann, Henri*. –Organización de un Museo Arqueológico y Etnológico. Revista de la Universidad del Cauca, No. 6. Popayán, 1945, p. 130-139.



Parque arqueológico de la Universidad del Cauca.

Foto. J.C. Cubillos

Volver al llamado



Estatua de Moscopán (Cauca)

Foto J.C. Cubillos

Volver al llamado



Estatua de Moscopán (Cauca)

Foto J.C. Cubillos

Volver al llamado

E T N O G R A F I A

LA FIESTA DEL DIABLO ENTRE LOS PUIÑAVE

POR JOSÉ MARIA ROZO

SITIO: LAGUNA NEGRA, EN EL BAJO INIRIDA

A mediados del año 1937 llegó a Colombia el Dr. Hernann Walde-Waldegg, procedente de los Estados Unidos, con el propósito de internarse en la Amazonía colombiana. El objeto de la expedición parece haber sido recoger datos antropológicos entre las tribus indígenas de esta zona y formar colecciones de carácter etnológico para la Universidad Católica de Boston.

El Dr. Walde-Waldegg preparó esta expedición sin contar con las autoridades colombianas, en completo silencio, de tal modo que la prensa del país no tuvo conocimiento de sus propósitos. Como compañero de viaje y colaborador en la marcha de la expedición, contrató los servicios de José María Rozo, vecino de Pitalito (Huila), quien lo acompañó durante el tiempo empleado en estas investigaciones.

El itinerario de la expedición fue el siguiente: salió de Bogotá hasta Cáqueza, a principios de mayo de 1937; de este sitio siguió hasta Villavicencio-San Martín, y de allí hasta Puerto Limón, sobre el río Ariari. De aquí, en canoa y por el mismo río, aguas abajo, hasta San José, en el río Guaviare. En esta región hizo una entrada hasta el salto de Mampiripan. De regreso a San José, la expedición prosiguió hasta Caño Grande (afluente del Inírida) y de aquí hasta alcanzar el curso del río Inírida para llegar a San Fernando (situado en su confluencia con el Orinoco). Luégo continuó en lancha hasta el Brazo Casiquiere y, finalmente, por el Río Negro, hasta Manaos.

El Dr. Walde-Waldegg recogió en esta ocasión gran cantidad de objetos etnográficos, tomó más de tres mil fotografías y filmó cerca de

diez mil metros de película. Estos documentos se marcharon al exterior junto con este investigador, y el señor Rozo regresó a su tierra, Pitalito, pasando por Leticia y Tres Esquinas. Hasta el presente no se sabe a ciencia cierta dónde se encuentra el importante material recogido por el Dr. Walde-Waldeg, quien tuvo sus divergencias con la Universidad de Boston y parece que murió en Tokio (Japón), en el primer año de la segunda guerra mundial. Lo único que quedó para Colombia de esta expedición, fue el diario llevado por el señor Rozo, el cual, no obstante no haber sido hecho con criterio sistemático y científico, contiene páginas de gran valor etnológico, de las cuales publicamos hoy algunas, facilitadas por su autor.

SEPTIEMBRE 9 DE 1937

Todas las mujeres se han ido al *conuco* (1) a traer yuca para fabricar la bebida llamada *yaraque* (2). Regresaron por la tarde, cargada de *catumares* (3) llenos de yuca; inmediatamente se dieron a la tarea de rallarlas. Por todas partes se nota extraordinario movimiento en la preparación de la fiesta que se aproxima. Conforme me dicen, primero se hará la Fiesta del Diablo y luego seguirán los bailes; durante la primera se efectuará la ceremonia o rito del azote.

SEPTIEMBRE 10

La mayor parte de los hombres madrugaron con el fin de salir a recoger frutos para la Fiesta del Diablo. Todas las mujeres abandonaron las casas, y hasta Florinda tuvo que esconderse, junto con las demás mujeres, en la selva. Quedamos solo los hombres. Después de un rato, a eso de las diez de la mañana, llegaron dos indios, portando en las manos unos instrumentos largos, a manera de trompetas, llamados *cuhay* (5), y que sirven para anunciar a las mujeres que deben retirarse pues a ninguna le es permitido mirarlos; esta prohibición es absoluta. Mirar los *cuhay*, equivale a ganarse la pena de muerte para ellas. Momentos después comienzan a tocar los instrumentos, cuyo sonido es parecido al mujido del toro y se oye a centenares de kilómetros a través de las montañas. Don Antonio, uno de los caucheros que nos acompañaban me cuenta que el *cuhay* se oyó en Guaviare cuando hacían una fiesta en el Caño Chucuto, en el Inírida. Para tocar este instrumento se requieren grandes esfuerzos, pues su longitud es de dos metros y el diámetro de doce centímetros; soplándolo produce este sonido y las meji-

llas de los que lo tocan se dilatan considerablemente. Mientras lo tocan, los músicos se pasean por toda la plaza, moviendo el instrumento hacia los lados, con un ritmo uniforme. Después de un rato se unen a los demás indios en el puerto de la laguna y se embarcan a la *curiaca* (7) a través de sus negras aguas, haciendo retumbar las montañas con el extraño sonido de sus instrumentos. Una vez que los sonidos del *cuhay* se sienten débiles y lejanos, las mujeres regresan a sus casas y siguen en la tarea de preparar las bebidas.

Por la tarde regresó a la selva Manuel, uno de los brujos de los Puinave, trayendo consigo cáscaras de *yató* (9), para tomarlas al día siguiente. Todos fuimos al puerto, con el fin de observar la preparación del polvo. Encontramos al viejo brujo en cuclillas, raspando la corteza del *yató* para quitarle la parte externa y dejar sólo la interna. Una vez logrado esto, la introduce en un recipiente con agua y la revuelve, al tiempo que la frota y exprime. La corteza así limpia, se llama *yátuya*; cuando está exprimida, se denomina *yutuimapa*; al sumo lo llaman *yatúa* y es de un color ladrillo. Inmediatamente, el brujo coloca el recipiente en el fuego, con el jugo, y, con una cuchara hecha de hojas de palma, revuelve con cuidado el líquido, separándole las impurezas que pueda contener. Cuando éste empieza a hervir, le añade poco a poco la ceniza de una corteza del palo llamado *matuire* (10), que tiene preparada en un tiesto, con esta mezcla, el líquido se torna espeso y de un color carmelita oscuro. Una vez que las dos sustancias han hervido lo suficiente, el brujo retira el recipiente del fuego y extiende su contenido en un pedazo de tiesto, a manera de emplasto, el que se denomina *yutucay*; luégo de estar seco, el brujo lo coloca nuevamente en el fuego.

En este momento se perciben nuevamente los tañidos del *cuhay*, que anuncia el regreso de los indios que salieron a recoger pepas al monte. Poco después aparecen las canoas. Entre tanto, el *yatucay* que prepara Manuel se compacta. Lo retira del fuego, lo deja enfriar; su color se torna entonces morado; luégo lo pulveriza, golpeándolo con un pedazo de palo, para ingerirlo en la fiesta.

Sigamos ahora el interesante desarrollo de la Fiesta del Diablo, que en *cuinari* se denomina *Bihuinóe*; llegan al puerto las canoas cargadas con *mapires* (11) llenos de pepas de *manaca* (12), que se descargan en el patio. Acto seguido se forma un cortejo a la cabeza del cual van los músicos. Los instrumentos que tocan son de tres clases; los *cuhay*, que son los más grandes, los cuales, con su sonido, hacen creer que son el Diablo; son dos instrumentos que, tocados al unísono, parecen repre-

sentar una sola voz. A éstos siguen otros dos músicos que portan cuhay más pequeños, llamados *majuarí*, o Diablo pequeño. El cortejo se cierra con tres indios que llevan instrumentos todavía más pequeños, a manera de flautas grandes, de diferente sonido, y cuyo objetivo es hacer creer que se trata de diablitos pequeños. Detrás de los músicos van los demás indios.

La tocata se inicia con los instrumentos más grandes, al tiempo que los indios que los portan se pasean por el patio. A veces los apoyan contra el suelo, sobre dos patas con que están provistos los cuhay, y los sonidos toman así mayor intensidad. Luégo siguen los *majuarí*, cuya nota corresponde a una quinta más alta. Así tocan por algún tiempo, haciendo el recorrido del patio. Mientras los músicos descansan, uno de los indios saca el yaraque, que toman con avidez; la totuma pasa de mano en mano hasta regresar a manos de quien la brindó, por el mismo camino por donde se inicia el brindis.

Vinieron luégo los azotes. Parejas de indios se enfrentan y sacan respectivamente sus látigos, los cuales están hechos de una vara flexible y consistente y en uno de cuyos extremos llevan atada una cuerda de fibra, semejante al fique, que llaman *curagua*; esta cuerda se adhiere a la vara con *peramán* (13), quedando así lista para la fiesta. Desnudas las espaldas, el indio se pone en posición firme, levanta la cabeza, se yergue, en tanto que el otro, abiertas las piernas y cogiendo el látigo con las dos manos, le mide con la vara el punto donde le ha de descargar el azote. De repente gira la vara y se oye el golpe bestial, a manera del disparo de una pistola. El azotado conserva la serenidad, en tanto que de sus espaldas, brazos y pecho mana la sangre; el látigo ha ceñido por completo el cuerpo. Ahora toma, a su turno, la iniciativa para azotar de igual manera a su contrario. Terminada la ceremonia, los contendores quedan tan amigos como antes, como si nada hubiera ocurrido. Ofrecemos yodo y dioxogen a los heridos, pero éstos rehusan nuestra propuesta.

Una fuerte lluvia interrumpe la fiesta y los indios corren a esconder los instrumentos, para guarecerlos del temporal. Uno de los participantes va a llamar a las mujeres. Todas regresan, temerosas. Las esposas de los azotados contemplan las heridas de sus maridos, si alteración. Corren hacia donde están los mapires llenos de pepas de manaca, y se apresuran a llenar sus vasijas, para preparar la bebida a cada uno de ellos. Momentos después, las vasijas, llenas de jugo de la pepa, son colocadas unas a continuación de otras en el patio, y las mujeres se apartan para que los hombres se acerquen a beber.

Viene luego el baile, el cual es presenciado por las mujeres; lo inician los hombres, formando una rueda y girando acompasadamente en derredor; en las manos llevan los látigos usados en la ceremonia de los azotes y con la parte gruesa de los mismos mantienen el compás. Entonan cantos con extrañas palabras y con la música acostumbrada, para invocar al Diablo, en tanto que las mujeres se apresuran nuevamente a encerrarse en sus casas, en cuyas puertas coloca previamente hojas de palma, para que nadie intente mirar hacia el patio, pues bien saben ellas que su curiosidad puede costarles la vida. Ahora apagan por completo las luces y sólo quedamos alumbrados por los reflejos de la luna sobre la laguna inmóvil. En silencio, dos indios se deslizan hacia el sitio en donde se habían dejado los instrumentos, los cuales se reparten de nuevo a sus respectivos dueños. La calma y el silencio de la noche se rompen repentinamente con el fuerte tañido de los cuhay, que ahora tocan con ímpetu, recorriendo el patio. En repetidas ocasiones se acercan a las puertas de las casas en donde permanecen encerradas las atemorizadas mujeres, apoyan los cuhay contra el suelo y soplan con más vigor. Los demás músicos se pasean por el patio. Un indio viene a ofrecerles yaraque, pero, como los músicos no pueden dejar de tocar, puesto que esto indicaría a las mujeres que son hombres y no el Diablo el que toca los cuhay, se ve en la necesidad de reemplazarlos en tanto que aquéllos beben.

La Danza del Diablo se prolongó hasta muy tarde de la noche. Entonces fue cuando el indio Puiñave que nos acompañaba, y quien permanecía en cuclillas, como yo, mirando la extraña ceremonia, se volvió hacia mí, miró en torno suyo para convencerse de que ninguna mujer nos espiaba, y, a la luz de la luna, que ya se hundía tras el cojín de la montaña, me contó la historia de la diabólica fiesta, en medio de un ruido ensordecedor de los indios enloquecidos, en los términos siguientes: “Antes de nacer nosotros –los hombres–, las mujeres vivían con el propio Diablo. Este era un hombre que mandaba a todas a subir a la palma del seje y a bajar pepas, y no sabían trabajar duro. Por eso se calentó el Diablo. El les mandó comer tierra y carbón, con lo cual se pusieron todas muy flacas. Los hombres permanecían escondidos, por miedo al Diablo. Entonces los hombres vieron a sus hermanas flacas y notaron que se estaban acabando. Entonces se pusieron bravos y se dedicaron a cortar leña de *parature*, que arde como el petróleo, hicieron grandes montones y les prendieron fuego. Se pusieron a bailar, tal como lo hacen ahora, en derredor de la hoguera; el Diablo también bailaba. Entonces, en un descuido, lo empujaron al centro de la hoguera y lo

quemaron entre todos, pero sólo se quemó la concha; el cuerpo se fue. Ya quedamos contentos; ya el Diablo no vuelve más por aquí. De las cenizas nació la *macanilla* (14) el seje (15), la manaca, el *moriche* (16), las palmas espinosas, las cuales no se pueden comer en las fiestas. Y todo se cambió: nosotros podemos subir ya a las palmas, podemos traer pepas y nos damos látigos para que no nos pique la culebra y para que las mujeres vean que sabemos más. Las mujeres creen que es el Diablo el que toca los instrumentos, y por eso se silba para que éste se aleje. Los instrumentos pequeños se llaman *guariadoa* (en curipaco) y *dohoyut* (en puiñave); los más grandes se llaman *cimabá* (en curipaco) y *bon* (en puiñave)”.

SEPTIEMBRE 11

Volvamos al brujo Manuel. Tomó los instrumentos que acostumbra para curar los males; dos maracas, una de las cuales termina en tres puntas, semejante a un peine de caballo y en la parte superior tiene unas plumas negras de *paujil* (17) y un copete de *piapoco* (18) y se llama *cotirrada*; una piedra redonda, llamada *jipa*, y un trozo de cuarzo, llamado *jipa-jaremdam*. Luégo empezó a aspirar a través de un hueso, mientras un muchacho le ponía el polvo. Después de un rato, el brujo empezó a hacer gestos, a maniobrar con los instrumentos, a frotarse el cuerpo, todo lo cual hacía mirando hacia arriba; hablaba a media voz, en su idioma incomprensible. A veces entornaba los ojos, como un idiota, y los dirigía al cielo. De sus narices manaba un líquido negro, espeso, era el mauka. Largo rato duró el hombre paseándose con sus instrumentos y haciendo estas monerías. Luégo cogió la piedra redonda, la colocó entre sus manos. Frotándola y elevándola en diferentes direcciones. Se acercó a un rancho donde las mujeres, en cuclillas, cuidaban de sus hijos, y les hizo varios pases; una de éstas se presentó con su criatura para que se la curara de alguna dolencia de que padecía. El niño, desnudo fue acostado en el regazo de la madre. El brujo se acercó, se colocó en cuclillas y, ante los gritos y protestas de la criatura, le chupó con fuerza cada uno de los ojos; luégo bajo la boca, recorriendo con ella todo el cuerpo, especialmente el estómago. Se levantó, tosiendo y salió a vomitar el mal. Nos mostró en el suelo una pasta negra, del color de la manaka-yato, mezclada con cabellos: era, según él, el mal de que padecía el niño. Esta pasta la tenía hecha de antemano, pero, hábilmente, la había colocado entre sus manos, mezclándola con saliva. Todas las mujeres miraban con estupor, entre tanto, el mal de que padecía la criatura.

NOTAS

- 1.- *Conuco*, labranza, situada por lo general a orillas de los ríos.
- 2.- *Yaraque*, bebida preparada con yuca brava, semejante a la chicha de maíz.
- 3.- *Catumare*, cesto grande ralo, hecho de hoja de palma; lo cargan las mujeres.
- 5.- *Cuhay*, Instrumento musical, hecho de una caña gruesa.
- 7.- *Curicara*, canoa grande.
- 9.- *Yató*, cáscara de un bejuco parecido al yasé.
- 10.- *Tiesto*, recipiente de barro, de poca profundidad.
- 11.- *Mapire*, cesto fabricado en hojas de palma, de tejido tupido; se emplea para la recolección de frutos silvestres.
- 12.- *Manaca*, palma, de fruto parecido al corozo.
- 13.- *Peramán*, (*Moronobea montana*), materia pegante; también se le denomina “juansoco”. Se emplea en la impermeabilización de las canoas.
- 14.- *Macanilla*, palma semejante a la caña-brava.
- 16.- *Moriche*, (*Mauritia flexuosa*), palma cuyo fruto sirve de alimento a algunas tribus.
- 17.- *Paujil*, ave.
- 18.- *Piapoco*, ave que en otras partes se denomina “diostedé” o tucano.

LOS GUANE

LECCIONES DE PREHISTORIA PARA PRIMEROS CONOCIMIENTOS

Por: EDITH JIMENEZ ARBELAEZ

En el conjunto de los pueblos Chibcha, existió uno que se distingue de los demás por especiales modalidades culturales, en cuanto presenta elementos de la cultura material que no fueron propios de los indios que habitaron las altiplanicies de Cundinamarca y Boyacá; tales son, por ejemplo, el entierro secundario, la cremación de los restos humanos, la deformación de los cráneos, el uso de narigueras de un tipo especial (típico para otros conjuntos culturales), cerámica que presenta formas y materiales característicos, lugares colectivos para los enterramientos, cultivos de algodón, tabaco, coca, y, con estos elementos culturales, otros más, cuya presencia se explica claramente si se considera el medio geográfico en que habitó este grupo: a) tierras templadas, de topografía y condiciones diferentes a las de la altiplanicie; b) regiones próximas a zonas cálidas, habitadas por pueblos poseedores de una cultura diferente a la de los Chibcha.

Desde el punto de vista antropológico, los Guane presentan rasgos especiales, tales como el predominio de una dolicocefalia, la nariz de dorso curvado, rasgos que denotan, teniendo en cuenta los aspectos antropológicos que caracterizan al conjunto Chibcha, un cruce racial entre este elemento y el predominante de los pueblos vecinos. De aquí la conveniencia de considerar a los Guane separadamente de los Chibcha y de destacar un poco los distintos aspectos de la cultura, especialmente de aquellos que los diferenciaron cultural y lingüísticamente del conjunto general a que pertenecían.

Medio geográfico. –Este grupo de indios habitaba la parte más septentrional del territorio chibcha, en tierras de lo que hoy es el Departamento de Santander. Pueden señalarse como lugares de su dominio, los siguientes: la hoya del río Suárez y la parte media del río Chicamocha, zona ésta en la cual están comprendidas las tierras de los actuales municipios de San Gil, Barichara, Socorro, Charalá, Oiba, Los Santos y parcialmente las de Piedecuesta (Lámina IV).

Ramales de la Cordillera Oriental de Colombia enmarcan este medio geográfico, formando el valle del río Suárez. Los terrenos de esta región presentan un paisaje rocoso, de estratos resquebrajados; los ríos corren por cañones profundos y casi verticales. En la parte baja de los ríos Suárez y Chicamocha, los descensos de las estribaciones montañosas forman verdaderos escalones. La misma naturaleza rocosa del suelo, determina una gran sequedad en los terrenos.

Al norte del río Chicamocha se encuentra la Mesa de Géridas o de Los Santos, con una altura no mayor de 1.600 metros sobre el nivel del mar; esta región pone término al territorio habitado por los Guane. El clima de la zona es templado pero la temperatura se acentúa en los valles profundos y escarpados.

Ocupaciones:

a) La agricultura, en donde lo permitían las condiciones del terreno. La sequía del suelo les hizo pensar en la manera de irrigarlo artificialmente; los indígenas abrieron acequias y a través de ellas conducían el agua de los ríos hasta el lugar en donde tenían sus cultivos. El lugar más propicio para las labores agrícolas fue la Mesa de Géridas o de Los Santos, que goza de clima y condiciones extraordinariamente benéficas.

La agricultura, a más de producir los elementos de primera necesidad para la alimentación, les proporcionaba otros para intercambiarlos en los centros en donde periódicamente se celebraban los mercados, con artículos de que carecían.

b) Tejidos. Esta actividad alcanzó entre los Guane un gran desarrollo. Con fibras de algodón, finamente hiladas y torcidas, fabricaban bellas mantas, que decoraban por medio de motivos estampados, entretejidos, o dibujados con pincel (Lám VI. 12,13). Estas tres maneras de decorar los tejidos pueden apreciarse claramente en los fragmentos de mantas procedentes de esta región, que están en poder del Museo Arqueológico Nacional. La técnica decorativa más desarrollada fue la última; de mantas confec-

cionadas así, incluimos algunos motivos en las ilustraciones (Lám VI. 11). El tamaño aproximado de éstas era de 1,60 mts. de ancho, por 2 mts. de largo. Para tejerlas empleaban telares verticales, semejantes al que hoy publicamos (Lám VI. 8).

c) Cerámica. En vasijas para usos domésticos y en algunas de carácter votivo, realizaron estos trabajos. La vasija más comúnmente usada era la de cuerpo esférico, cuello vertical y dos asas laterales, las cuales unían el cuello con el cuerpo de la misma (Lám V. 6). Hubo vasijas de otras formas, pero se advierte que no fueron muy comunes, ni tuvieron empleo en la vida ordinaria. Es típica la decoración de estas cerámicas, lograda con partículas de mica o talco, adheridas a su superficie. También acostumbraron decorar por medio de bandas de color rojo y líneas incisas con un relleno de pasta blanca (Lám V. 7).

d) Orfebrería. Fue notable la industria del trabajo en oro y de esto dan cuenta los cronistas al anotar la gran cantidad de piezas de “oro fino” con que los indios trataban de ganarse la buena voluntad de los españoles. Con poca mezcla, y a veces con una gran cantidad de cobre, lo trabajaban para hacer sus adornos.

Estas ocupaciones les aseguraban:

Para su alimentación:

Algunos productos agrícolas como el maíz, para bollos y chicha; frijoles; otros diferentes granos; frutas silvestres;

Curíes y aves en abundancia, y buen pescado.

Para su vestido:

Un excelente algodón que se daba en las tierras más cálidas.

Para el intercambio comercial:

El algodón y las mantas que con él tejían; el tabaco, que de muy buena calidad se producía; la coca; diferentes clases de frutas; todo esto para cambiarlo por sal de Zipaquirá y Nemocón, esmeraldas de las minas existentes en la altiplanicie, oro para sus adornos, proveniente de las vertientes del Río Grande de la Magdalena y de las tierras cercanas a Pamplona.

Estos productos se intercambiaban directamente en los mercados locales y muy especialmente en Sorocota, sitio cercano a Vélez.

Los diferentes lugares estaban comunicados por estrechos caminos, de los cuales, la mayor parte, iban por el filo de las serranías.

Vestidos y adornos

Como los otros indígenas de su grupo cultural, lo llevaban constituido por mantas, atadas a la cintura y amarradas sobre el hombro izquierdo. Las mujeres llevaban una más, la cual era pequeña, para cubrirse mejor (Lám IV. 2).

En el Museo de Arqueología se conserva una pequeña bolsa, laboriosamente tejida.

Entre los adornos que acostumbraban son notables los de pluma, que ostentaban en la cabeza cuando iban a las guerras, y los de hueso, concha, piedra y oro, para las orejas, narices, cuello y muñecas.

Vivienda

Casas de techo cónico y base circular, eran las acostumbradas. Las paredes eran de bahareque.

Por el tamaño mayor y a veces por cercados, se distinguía la del señor principal o cacique. Estaban agrupadas sin orden especial, en los pueblos, numerosos y profusamente habitados.

Utensilios

Los que requería la vida en el medio geográfico que habitaron fueron los siguientes:

- 1) Armas: Lanzas de madera dura; tiraderas para lanzar dardos. (Lám V. 3); gruesos bastones; hondas para arrojar piedras; macanas.
- 2) Vasijas de arcilla cocida, usadas en la vida ordinaria. Totumas grandes y pequeñas.
- 3) Redes de pescar.
- 4) Telares y husos (Lám VI. 9), para la industria de tejidos.
- 5) Instrumentos musicales, tales como flautas, que hacían de caña hueca; tambores, ocarinas.
- 6) Agujas de madera (Lám VI. 10).
- 7) Canastos tejidos con algunas fibras.

Costumbres especiales:

- a) Momificación de los cadáveres en posición extendida.
- b) Deformación del cráneo por medio de tablillas atadas a la cabeza.

c) A las guerras acostumbraban algunos de ellos ir desnudos y conducir delante de las patrullas las momias de los jefes muertos, momias que adornaban con gran esmero.

d) Entierro en cuevas. En estos lugares que abundan en diferentes sitios del territorio de los Guane, dada la configuración y calidad de los terrenos, enterraban a los individuos, varios en cada cueva. Son muy conocidas como cuevas-cementerios las de “Los Indios” y de “La Loma”, situadas cerca de la población de Los Santos, en la escarpada orilla del Chicamocha. El acceso a ellas es muy difícil, por no existir más camino que las estrechas cornisas naturales que hay entre un estrato y otro, por lo demás peligroso por haber el riesgo de despenarse al fondo del profundo cañón del río.

Cuevas similares usaron además como fortalezas, desde donde lanzaban los temibles dardos y gran cantidad de piedra. Los indígenas eran habilísimos para llegar hasta ellas y, como gatos, transitaban las estrechas sendas anteriormente mencionadas.

El cronista de la Conquista, Juan de Castellanos, anota que en lo demás tenían las mismas costumbres y practicaban los mismos ritos que los otros Chibcha.

Organización social y política:

En este aspecto tampoco es posible hacer diferencia alguna en relación con los demás pueblos Chibcha. Los cronistas no hacen alusión a ninguna característica especial y reconocen las similitudes que al respecto pudieron hallar con los indígenas de más al sur.

El gobierno de los grupos de población estaba encomendado a caciques, quienes obedecían al principal de esta provincia, llamado Guamentá. Vivía en el sitio más agradable y más hermoso de todo el territorio Guane, la Mesa de Géridas.

Lengua

La lengua que hablaban no se diferenciaba en nada de la del resto del conjunto Chibcha.

TIPO FÍSICO

El pueblo poseedor de esta cultura estaba integrado por individuos de mediana estatura (1.60 como término medio), bien formados y de una agradable presencia. El cráneo predominante era el doliocéfalo, aun-

que no era escasa entre ellos la braquicefalia. En la colección de cráneos de uno y otro tipo que posee el Museo Arqueológico Nacional, proveniente de esta región, se advierten huellas de deformación artificial. La nariz mediana, con dorso encorvado; cabello lacio, escaso y de color castaño oscuro.

Aún se conservan estos rasgos físicos en algunos conjuntos indígenas de las vecindades de los municipios nombrados. En el de Los Santos, especialmente, fue fácil constatar la supervivencia de los rasgos anotados, cuando el profesor Justus Wolfran Schottelius, en el año de 1941, práctico, en compañía de algunos de sus discípulos, un interesante estudio antropológico en esta zona.

Descubridores y conquistadores de esta provincia

El primero en llegar a ella fue Ambrosio Alfinger, en el viaje que hizo de Maracaibo a Tamalameque. El segundo, y el que realmente llevó a cabo la conquista de esta provincia, fue Martín Galeano, acompañado por 50 hombres y en una travesía que duró cuatro meses. Durante esta conquista se constató una valerosa resistencia por parte de los indígenas, empeñados en defender sus tierras y su libertad, y, por parte de los españoles, una tesonera lucha para contrarrestar esta resistencia y para vencer los grandes obstáculos que el medio geográfico les oponía. Los caballos, que en las labores de conquista fueron un elemento de gran valor, se vieron inutilizados en la mayor parte de los casos, por no poder bajar ni subir por los terribles despeñaderos.

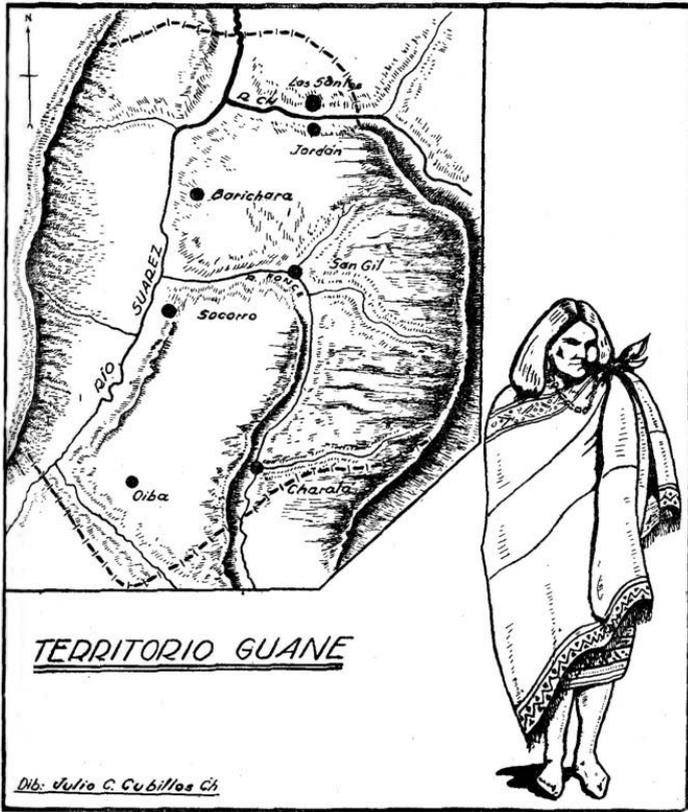
Al final de estos cuatro meses de conquista, el grupo de los Guane, diezmado considerablemente, quedó sometido a los encomenderos, quienes, instigados por su afán de riqueza, los extorsionaron inmisericordemente en el pago de tributos. El mal trato contribuyó en seguida a que desaparecieran casi por completo todas las manifestaciones culturales que los caracterizaron.

Los restos arqueológicos de esta cultura vinieron a conocerse solamente hace pocos años. En 1940 fueron descubiertas, cerca de la población de Los Santos, en el Departamento de Santander del Sur, dos cuevas-cementerios, las cuales contenían gran cantidad de restos antropológicos y de la cultura material. Este hallazgo despertó el interés y la curiosidad de gran número de personas, quienes, sin ningún escrúpulo, llevaron para sí muchos objetos y destruyeron otros. Informado el Ministerio de Educación de estos descubrimientos, envió, a principios de 1940, al profesor Justus Wolfran Schottelius, para que iniciara los es-

tudios respectivos sobre los restos arqueológicos en mención. Este investigador exploró estos lugares y realizó excavaciones en las cuevas y en otros sitios del Departamento. Por desgracia, el resultado de sus trabajos sólo se conoció en parte, pues lo sorprendió la muerte cuando se ocupaba de su elaboración. De este modo, es necesario continuar esta valiosa obra iniciada por Schottelius, para tener una idea completa acerca de la vida de los Guane y de sus diferentes aspectos culturales. Los resultados obtenidos por él, confirman las noticias suministradas por los cronistas de la época de la Conquista, pero falta aún esclarecer otros hechos, con lo cual la obra de este investigador será todavía más valiosa.

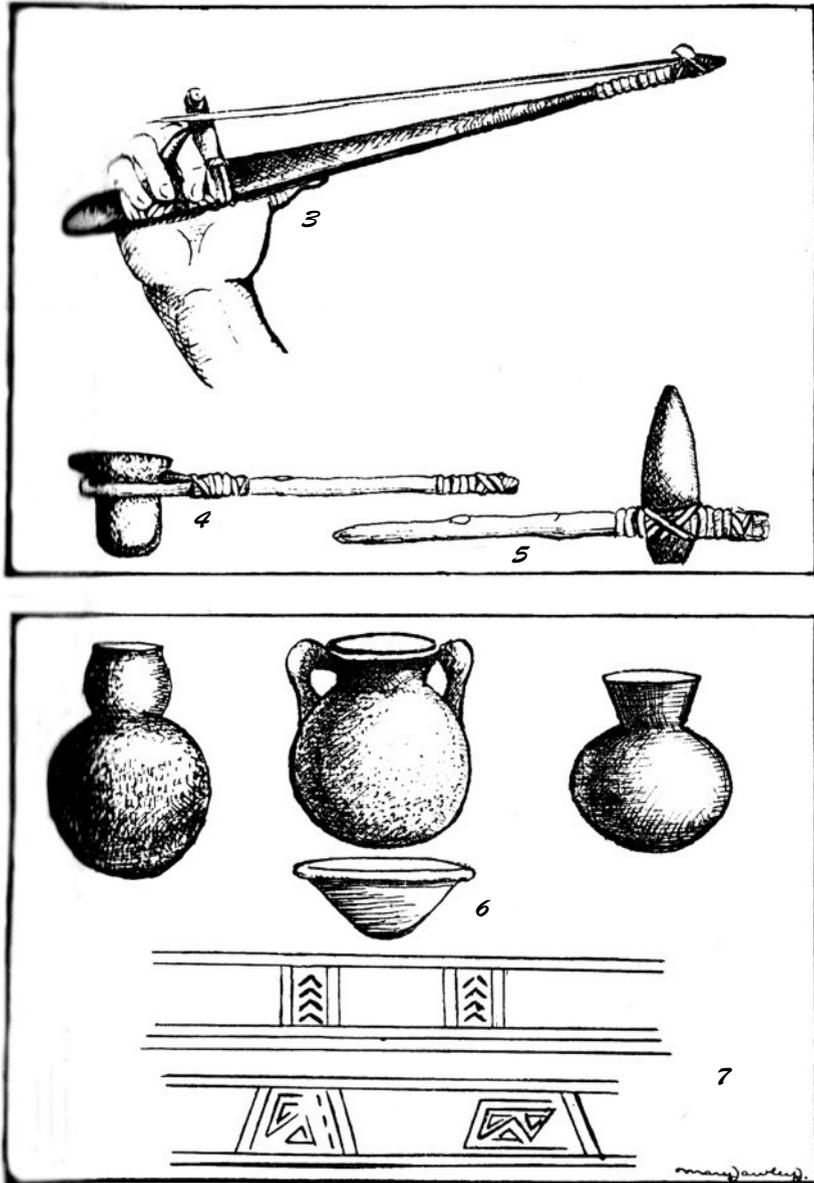
BIBLIOGRAFIA

- Castellanos, Juan de*: Historia del Nuevo Reino de Granada. Madrid. 1886.
- Fernández Piedrahíta, Lucas*: Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Editorial A B C. Bogotá, 1942.
- Simón, Fray Pedro*: Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales, 1891. Bogotá.
- Schottelius, Justus W.*: Arqueología de la Mesa de Los Santos. Revista "Educación". Números 2-3, septiembre-diciembre, 1941. Bogotá.
- Colección Arqueológica de Los Santos. Guía del Museo Arqueológico Nacional, 1941. Bogotá.
- Informe del señor Ministro de Educación sobre las labores realizadas en Los Santos. 1941. Bogotá.
- Duque Gómez, Luis*: Datos tomados de su fichero particular.

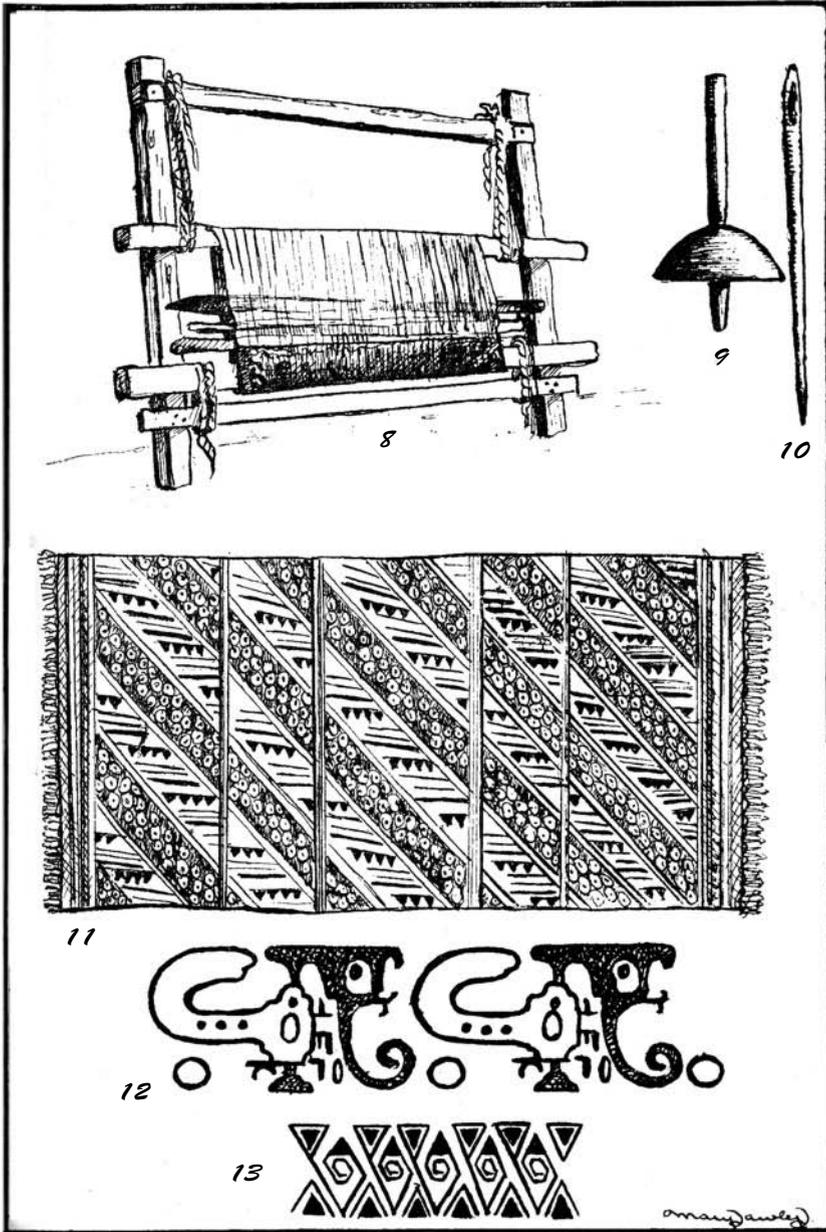


- 1.- Territorio habitado por los Guane.
- 2.-Índigena guane con su indumentaria típica.

Volver al llamado



3.-Tiradera o propulsor con que lanzaban dardos envenenados.
4-5.-Hachas. 6.-Vasijas típicas de su cerámica. -
7.-Motivos de la decoración incisa de la cerámica.



8.-Telar usado en la fabricación de las mantas.-9.-Huso de madera empleado en el hilado de algodón.-10.-Aguja de madera para coser.-11.-Manta con decoración estampada.-12-13.-Motivos tejidos de la decoración de una manta.

ETNO - GEOGRAFIA

EL MACIZO COLOMBIANO

INFORME PRELIMINAR SOBRE UN ENSAYO ETNO-GEOGRAFICO

Por ERNESTO GUHL

A fines del siglo pasado el sabio alemán Hettner, autoridad en climatología y geología, visitó el territorio colombiano y puso especial atención al estudio de la Cordillera Oriental, llegando a comprobar que el clima en Colombia no tiene únicamente un origen local, sino que está basado primordialmente en las influencias de la zona intertropical y en los movimientos atmosféricos y marítimos. El sabio Garavito sustenta la misma tesis. También anotó Hettner una desviación de los vientos del Sur, que motiva el aumento excesivo de lluviosidad y sequía en regiones opuestas. No obstante ser esta teoría la conclusión de muchas observaciones, es necesario todavía allegar más datos.

En el año en curso se nos han presentado en forma muy marcada extremos de sequía y de lluviosidad en una misma zona. Recordemos la escasez de agua durante los primeros meses en la Sabana de Bogotá y en todo el Altiplano boyacense, en tanto que las regiones del Sur del país no gozaban del acostumbrado tiempo de verano. Posteriormente, a fines del mes de mayo, las regiones altas de Cundinamarca y Boyacá sufrieron una época de lluvias extremadamente fuertes, mientras que las zonas altas de la Cordillera Central en el Sur, por el contrario, gozaban de un verano suave en épocas conocidas como invernosas. De este modo, en un recorrido que hicimos durante treinta días a través del Macizo Colombiano, en los meses de mayo y junio, pudimos observar cómo no llovió ni un solo día, en tanto que se anunciaban inundaciones de la Sabana de Bogotá y desbordamientos del río Arauca.

Durante una permanencia de varios meses –abril, julio– en la región norte del Macizo Colombiano, en años anteriores, observamos una variación similar del tiempo, esta vez menos marcada. Sin embargo, fueron igualmente constantes, sin cambio de dirección y fuertes, los vientos, durante 1942, tal como en 1945. En los meses mencionados de 1942, los vientos sólo cambiaron de dirección una vez, por el transcurso de pocas horas. Podemos asegurar que estos famosos vientos del Sur, a los cuales nos referiremos en un trabajo posterior, con datos y observaciones personales recogidas en el terreno, son la causa principal del clima en estas grandes regiones sur-orientales del país.

Los vientos en referencia alcanzan tal fuerza, especialmente durante los meses de junio y julio, que este ímpetu lo conservan también durante la noche, ya que en estas alturas la influencia de las mareas atmosféricas de tierras bajas, que modifican notablemente el clima local, es casi nula; este hecho refuerza la tesis sostenida por Garavito en relación con el clima de estas regiones. La violencia de estos vientos alcanza a derribar y sólo se aminora a medida que descienden por las vertientes, dispersados y dirigidos por la topografía.

Los vientos a que nos hemos referido predominan a lo largo de todo el Macizo Colombiano, con una intensidad más o menos fuerte, según la época del año astronómico, y contribuyen a modelar la faz del paisaje. El ejemplo más característico lo observamos en las regiones septentrionales, sur y norte, del Macizo Colombiano, es decir, en los grandes altiplanos del Valle de las Papas y en la Sabana de Paletará. Ambos altiplanos tienen una altura media de 3.000 metros sobre el nivel del mar y son lechos de antiguas lagunas; hoy en día son, en su mayor parte, terrenos pantanosos, sobre los cuales los vientos soplan con gran fuerza, sin encontrar obstáculo alguno, y sus consecuencias se manifiestan en una completa falta de vegetación robusta; el paisaje, abierto, está dominado por un denso y amarillento pajonal; sólo se encuentran árboles en las hoyadas de los ríos, pero no muy desarrollados; es una flora que se parece en su aspecto general a la tundra. El bosque se encuentra al pie de las montañas, trepa por las vertientes y crece en las partes protegidas, hasta los 3.500 metros de altura. En las vertientes de los Coconucos, hacia el Cauca, hemos visto sementeras de trigo a una altura aproximada de 3.200 metros, claro está, dentro del monte, en una topografía favorable.

En ambos altiplanos observamos temperaturas más o menos iguales a las siguientes:

5 ½ a. m.: con cielo claro y fuertes vientos del SW – 2 gds.

11 ½ a.m.: en la sabana abierta, con fuertes vientos del SW y cielo despejado, 18 gds.

7 p.m.: cielo claro, sabana abierta y fuertes vientos, 6 gds.

Sin embargo, en una hoyada protegida contra los vientos marcó el termómetro la increíble temperatura de 54 gds.

Es natural que este dato, no se puede tomar para calcular la temperatura media en la sabana abierta; sin embargo, tiene más valor que el de un simple dato curioso, puesto que indica la gran diferencia que existe entre la sabana abierta, plana, y la montaña quebrada y cerrada, en donde la temperatura media puede alcanzar mucho más. La prueba está en la sementera de trigo a que hacemos referencia, mientras en la sabana no se da ningún cereal. Las regiones sometidas a este clima, están prácticamente por encima de las señaladas como aptas para el desarrollo de la vida humana, particularmente para la población blanca actual del país, pero esto no quiere significar que la vida allí sea imposible, ya que la adaptación física al clima, por parte del hombre, es grande, y en este caso se trata de un clima sano, a pesar de sus fuertes cambios. Con las precauciones necesarias se pueden impedir, o por lo menos evitar, las enfermedades típicas de estos páramos, tales como el reumatismo o “mal de los vientos” –como lo llaman los nativos–, la tos ferina, que causa estragos en la población infantil. Prueba evidente de lo anterior está en el hecho de que en la época de la Conquista, estas regiones tenían una mayor densidad de población, lo que está evidenciado por la existencia de numerosos cementerios indígenas localizados en el Valle de las Papas, Paletará, Malvazá, Moscopán y otras. Estos hechos contradicen también la tesis sostenidas por muchos etnólogos, según los cuales las regiones altas, las crestas de las cordilleras, constituyeron un obstáculo invencible para la antigua población, teoría que no puede aceptarse, al menos en lo que relaciona con los altiplanos de Paletará y Valle de las Papas.

Además de que estas regiones son unas depresiones muy tranquilas y relativamente bajas, sobre el altiplano de Paletará está la depresión más baja de la Cordillera Central entre Caldas y Ecuador, según Hubach, con los ascensos y declives más suaves, por donde pasa la comunicación más corta y antigua entre el altiplano de Popayán y el Alto Magdalena (San Agustín). Se destaca la importancia que ha tenido esa región para el intercambio entre los valles del Magdalena y Cauca y para la inter-comunicación directa entre Popayán-Huila-Bogotá, en nuestros

días. El antiguo camino Popayán-San Agustín, todavía existe. Esta vía es carretable de Popayán a Coconuco; de aquí hasta Paletará es un camino de herradura, en muy buen estado; el resto del trayecto, hasta San Agustín, está totalmente abandonado y se conoce con el nombre de “camino de los marranos” o “camino de Isnos”, por el tráfico de cerdos llevados del Huila hasta Popayán y Cali. El camino de San Agustín a Paletará no cruza ni una vez el río Cauca. Este dato es interesante en lo que se relaciona con el mapa oficial de Colombia y con la creencia general de que este río nace en la Laguna del Buey. No hay duda de que la laguna en mención no existe en las vecindades del Páramo de las Papas, donde la localiza el mapa oficial. Tampoco está situado allí el Páramo del Buey, como lo indica la misma carta. La Laguna, como se observa claramente desde los cerros linderos orientales de Paletará, se localiza en las faldas sur-orientales del volcán de Puracé, en la parte oriental de la loma de la depresión del Buey, que al mismo tiempo forma el divorcio de aguas entre los ríos Cauca y Magdalena. Del hecho anterior se desprende la imposibilidad de que la laguna desagüe en el río Cauca. No nos fue posible averiguar si ésta es o nó la fuente del río Mazamorra, pero, sin duda alguna, las aguas de la nombrada región de la depresión del Buey, van hacia el Mazamorra-Magdalena. Si el río Cauca naciera en la Laguna del Buey, lo que no es posible por el divorcio de aguas, el camino tendría que cruzarlo; pero, por el contrario, éste sube por la cuenca del río Mazamorra y sólo llega hasta sus orillas en la parte septentrional de la sabana de Paletará, en la hacienda del Maestro Valencia, ya lejos de la región donde, según el mapa oficial, debería nacer.

¿En dónde nace, entonces, el río Cauca? Esta pregunta es interesante, tanto desde el punto de vista geográfico como del etnológico, pues sabemos que este río no nace en la Laguna del Buey, ni tampoco en las vecindades del Páramo de las Papas, como afirman algunos geógrafos. Ya en la sabana de Paletará el río es bastante caudaloso, más que el Caquetá a su entrada en el Valle de las Papas. Si tenemos en cuenta que la lluviosidad de la sabana de Paletará es más abundante que la del Valle de las Papas, debido a los vientos alisios y a la topografía de la región, el caudal del Cauca es demasiado grande para que tenga sus orígenes en las vecindades de la Sabana. No hay duda de que el río nace en el trayecto comprendido entre Paletará y el Páramo de las Papas. Puede ser, como dice Hubach, que venga de la depresión del Buey, vulgarmente llamada Páramo del Buey, y mal ubicada en la carta oficial.

También es posible que tenga su origen en el Macizo del volcán de Sotará. Entre este último y el Cerro Negro, del mismo macizo, lo localizan algunos conocedores de la región, los cuales hablan de la existencia de una laguna en las faldas del volcán. Lo cierto es que, desde un alto del páramo de Sotará, se observa, bajando en dirección a Paletará, un riachuelo, pero sería aventurado asegurar que se trata de los nacimientos del río Cauca. El Instituto Etnológico y el Servicio de Arqueología proyectan realizar una expedición, partiendo de Paletará, siguiendo río arriba, abriendo trocha a través del espeso monte y de las regiones pantanosas, hasta llegar a las fuentes. El alcalde municipal de Paispamba ofreció galantemente ayudar en esta empresa, de suma trascendencia para la geografía del Macizo Colombiano.

Sea lo que fuere, lo cierto es que el río Cauca, al igual que el Magdalena, Caquetá y Patía, nace en el Macizo Colombiano, pero sus fuentes no están vecinas a las del Magdalena y Caquetá, sino que parecen cercanas a las fuentes principales del Patía. Estos dos ríos toman luego direcciones opuestas, en un valle antiguamente unido, hoy separado por el Macizo de Sotará. De este hecho geográfico ha surgido la tesis de la unidad entre las cordilleras Central y Occidental. Se observa, pues, que las vertientes occidentales de la Cordillera Central y las orientales de la Cordillera Occidental, muestran una intensa actividad magmática, en tanto que la cresta de la Central, hacia el oriente, denota un parejo desarrollo de los sedimentos. Muestras de minerales recogidos en las vertientes occidentales de la Cordillera Central y en las orientales de la Cordillera Occidental, revelan una sorprendente igualdad en su composición, según el análisis de laboratorio practicado por el doctor Estiliano Acosta, cuyos resultados serán publicados posteriormente. El carácter diferente que existe entre los altos valles de los ríos Cauca y Patía no se advierte entre los del Cauca y Caquetá, como lo dejamos anotado.

El hecho de que ningún camino conocido conduzca hasta las fuentes del río Cauca, habla por sí solo. El Macizo de Sotará con el Páramo de Barbillas, los cuales llegan hasta el Valle de las Papas, determinaron el camino Paletará-Mazamorras-San Agustín. Por el otro lado de esta cadena montañosa (que en conjunto con los Coconucos-Puracé constituyen el corazón del Macizo Colombiano), otro camino conduce del alto valle del Magdalena, vía Sabana de las Papas, hacia San Sebastián-Almaguer. En uno y otro se escogió la depresión más baja para cruzar la Cordillera.

Estos páramos del Macizo Colombiano, sólo son las crestas de cadenas de montañas de corta extensión y, por consiguiente, las apreciaciones que se han hecho acerca de ellos son el producto de una desbordada fantasía. Más aún si tenemos en cuenta el temor manifiesto en los nativos de abandonar la ruta marcada por el camino en sus travesías, lo que explica su total desconocimiento de la región. De aquí que pueda decirse que aún falta por conocer la mayor parte del Macizo Colombiano, que, seguramente, tiene un gran porvenir económico, si se toma en cuenta el valor que tienen las sabanas de Paletará y las Papas como futuros centros ganaderos.

Ahora bien: ¿qué extensión tiene el Macizo Colombiano? Tomando el sur de la Sabana de Paletará, entre el Puracé y Sotará, como centro, y un radio de 80 kilómetros más o menos, podemos trazarle una circunferencia que llega en el norte hasta más allá de Morales –donde el Cauca riega ya tierras calientes–, por el este, hasta cerca de El Hato –donde el río Magdalena deja el valle estrecho y alto para entrar en las llanuras–, por el sur hasta más allá de Santa Rosa, y por el occidente, hasta la cresta de la Cordillera Occidental. Este esquema podría aclararse todavía más, señalando dentro de la misma circunferencia una estrella, cuyas puntas de lanza deben compararse con los sistemas montañosos y los vacíos que quedan entre éstos. Pero esta comparación tampoco es perfecta, si se tiene en cuenta la desigualdad que existe en la distribución de cordilleras y valles, que sólo admiten la idea de una comparación con una estrella matemáticamente construida, pero sí se destacan en forma estrellada los grandes ríos, lo mismo que una categoría de ríos de segundo orden y las cadenas montañosas, cuyo eje de todo es la Cordillera Central. Próximamente, en una de las futuras entregas de esta misma revista, publicaremos un detallado mapa de la mencionada región.

La íntima relación que existe entre la geografía y la etnología se pone de manifiesto en varios ejemplos: la cuna de la cultura occidental estuvo situada en el laberinto anfibio de tierra y mar, sobre este puente que comunica continente con continente, con condiciones físicas privilegiadas. Esta región de gran trascendencia geográfica, fue la base para el desarrollo del centro cultural más importante. Las condiciones antro-po-geográficas del continente europeo, determinan su situación de predominio. Las consecuencias del movimiento atmosférico son la causa de los grandes cinturones desérticos sobre el planeta. El cambio regular de los vientos monzones en el Océano Indico, alcanzan importan-

cia primordial en las relaciones entre la India y Africa; y Cristóbal Colón y Vasco de Gama, hicieron sus descubrimientos con la ayuda de los vientos regulares que fueron de mayor importancia para el progreso del mundo entero. Los centros vitales de Europa, están ubicados en las llanuras regadas por los grandes ríos, los cuales facilitan una perfecta inter-comunicación nacional y extranjera, mediante una red de ríos y canales. Un país netamente continental, como lo es Rusia, tiene una comunicación entre el Mar Negro y el Mar Blanco y Moscú, ciudad de estepa, quedó convertida en un puerto fluvial de primer orden. En las desembocaduras de los ríos fue donde se fundaron las grandes ciudades que unieron el mar, el río, la llanura y la montaña. Esta es una situación especialmente característica para las Américas y para Europa, o sea, el mundo occidental, cuyo eje es el Océano Atlántico; las cabeceras de puente de los respectivos países son las grandes ciudades-puertos situadas en las desembocaduras de sus ríos, desde Buenos Aires hasta Montreal y desde Lisboa hasta Oslo.

Los ríos representan un valor que sobrepasa lo puramente material y económico; su influencia abarca todos los aspectos de la vida de un pueblo. Para Colombia, el río Magdalena representa algo más que una vía de comunicación de las tierras del interior con la Costa. Para comprender la importancia que debió tener un pequeñísimo valle formado por una quebrada, en el centro donde floreció la antigua civilización de San Agustín, es necesario darse cuenta de lo que representa la maravillosa fuente de Lavapatas. El Rin de los alemanes está por encima de ser un simple medio de comunicación. El Danubio era la arteria vital del Imperio austro-húngaro. La importancia del Missouri-Misisipí en la colonización y formación de los Estados Unidos de América, es indiscutible, y lo mismo hay que decir del San Lorenzo, en el Norte, y del Plata, en el Sur. El Tigris, el Eufrates, lo mismo que los ríos Nilo, Hoang-Ho, Yang-Tse Kiang, Indo y Ganges, fueron la cuna de antiguas culturas y de su orgánico desarrollo antropogeográfico; hoy en día son la base de los actuales estados.

También la gran cantidad de cadenas montañosas que se extienden en distintas direcciones, determinan un complicado mosaico étnico, y aquí nos acercamos nuevamente al Macizo Colombiano. Esta región, en donde las tres cordilleras toman su dirección definitiva, formando la hidrografía y orografía del país, es también, como todo sitio geográfico de importancia, un gran centro etnográfico, y parece ser el medio donde se desarrolló la civilización agustiniana. Hasta hoy se han en-

contrado estatuas que, con pequeñas variaciones en el estilo, tienen íntima relación con las localizadas en San Agustín, esparcidas a lo largo del todo el Macizo, en un radio de ochenta kilómetros más o menos.

El perfil de la circunferencia que marca a grandes rasgos el Macizo Central Colombiano, queda comprendido por una línea al norte de Popayán, paralela a las latitudes; en el límite oriental de las vertientes de la Cordillera Oriental, alcanza poca altura y predominan las formaciones tranquilas sedimentarias. Sigue luego el valle del río Magdalena, el cual alcanza aquí algunos centenares de metros de anchura; después el perfil de la Cordillera Central, que sube rápidamente de los mil metros que tiene el valle del río Magdalena, en formas quebradas y menos tranquilas que en la Cordillera Oriental, alcanzando alturas entre 3.500 y 4.000 metros; baja luego el perfil hacia el valle del Cauca, a 1.800 metros y alcanza cerca de Popayán una anchura de 15 kilómetros; sube nuevamente en la muy quebrada y agreste Cordillera Occidental, a 3.500 y más metros. Estas diferencias morfológicas del terreno son factor importante en la climatología, la cual repercute, a su turno, en los grupos étnicos.

El mismo perfil pasa por Tierradentro, una región erosionada por innumerables ríos, entre una gran cantidad de sistemas montañosos. Una topografía que invitó a poblar los bien protegidos valles y que luego determinó un desarrollo sui-géneris de sus moradores, precisado por su aislamiento geográfico. Sin embargo, se puede asegurar la inter-relación de las tribus asentadas en los diferentes valles, porque el pequeño espacio los obligó a ello. Es muy posible que por las mismas razones existieran comunicaciones y hasta invasiones desde las regiones del Sur, Mocoa-Caqueta, hacia el alto Magdalena y Cauca, lo mismo que de las regiones opuestas, ascendiendo estos ríos, ya que son vías naturales. De este modo, el Macizo Colombiano, a más de determinar la orientación orográfica de Colombia, es, por su posición geográfica, un centro de distribución étnica.

Es necesario juzgar los hechos geográficos en relación con el hombre; el espacio geográfico no es una unidad abstracta e inorgánica, sino la totalidad de la vida en muchos de sus aspectos, la que encontramos dentro del espacio, en forma definida por el mismo espacio; éste, en sus límites naturales pero bien definidos, se nos presenta como una parte de la superficie de la tierra. Los límites de esta parte de la tierra, es decir, del espacio de que se trata, no son escogidos al azar, sino fijados y determinados por el desarrollo orgánico y obligatorio de la vida mis-

ma. Un espacio vacío en el sentido geográfico, es un espacio no poblado por el hombre; por consiguiente, no está incorporado a la vida humana y es inactivo. De aquí concluimos que lo esencial con respecto al espacio o tierra, es el hombre.

La estructura y forma de un pueblo (el hombre), están basados en su raza como producto del medio, y por su destino común en el pasado y en el presente. Esa estructura o forma se nos presenta con sus características propias y distintas a las otras estructuras y formas, debido a la originalidad del espacio como fenómeno geográfico, orgánico e individual. Esta originalidad está constituida por el medio ambiente en su totalidad, tanto de lo visible e invisible como de lo natural y artificial; en el centro de este ambiente está el hombre, el cual recibe en forma concentrada las irradiaciones del mismo. El resultado de esta inter-relación de medio ambiente y hombre, es la formación de las bases síquicas y físicas de su vida, es decir, lo que tanto el individuo como el pueblo nos presentan como forma especial.

Tierradentro, en el Macizo Colombiano, nos suministra un ejemplo típico para ilustrar lo anteriormente expuesto: aquí, la población está concentrada en los estrechos valles, organizada en resguardos indígenas y por consiguiente, su espacio está cerrado para la población blanca y mestiza. Por otra parte, tomando en cuenta la gran porción desconocida del Departamento del Cauca, sus grandes regiones pantanosas y las zonas cerradas, sin vías de comunicación, se explica claramente el hecho de que la población, en un 80%, viva en algunos valles y en sus vertientes. Es ésta la causa de la existencia del minifundio, típico para el Sur del país; sólo la gran fertilidad de estas tierras ha impedido el hambre entre estos grupos que moran en el Macizo Colombiano. Si bien es cierto que el sistema de la propiedad comunal de las tierras y el usufructo particular de las mismas, tal como existe en el resguardo, asegura al indio la conservación de su parcela, no lo es menos el hecho de que este sistema no permite una explotación moderna del suelo, al lado de la existencia de grandes extensiones incultas, propiedad particular de una persona que se resiste a incorporarlas a la economía nacional. Estos dos hechos constituyen hoy en día un serio problema económico.

La geografía nos lleva de la mano a la comprensión de estos problemas de la tierra y a concluir que, en gran parte, nuestro destino social, tanto individual como colectivo, depende del espacio. El hombre forma parte del espacio y su vida está determinada por el dominio del mismo.

I N D I G E N I S M O

EL INDIGENA EN EL PERU

Por BLANCA OCHOA SIERRA

Medio geográfico. —El Perú es un país de topografía y condiciones climatológicas bien diversas. Está atravesado de sureste a noreste por los Andes, que se levantan entre la costa desértica del Pacífico y las llanuras forestales del oriente amazónico, determinando tres regiones longitudinales bien caracterizadas: la Cisandina o Costa, la Andina o Sierra y la Transandina, o región selvática.

Los Andes forman, en el territorio peruano, una gran altiplanicie bordeada por cadenas de montañas que le encierran completamente, presentando una topografía muy compleja: sobre su superficie, muy quebrada, se destacan elevadas cumbres con multitud de nevados que limitan grandes depresiones, por las que se precipitan las aguas que bajan desde las partes altas.

En cuanto al clima, es tan complejo como su topografía. Tres fajas climáticas casi paralelas siguen la dirección longitudinal de los Andes. La primera es árida, desértica y variable sólo en cuanto a la humedad; se extiende a lo largo de la costa del Pacífico en la que, a excepción de la parte norte, nunca llueve; sólo cae durante la estación de invierno una llovizna fina o garúa, principalmente en el valle de Lima, lo que contribuye a saturar muchísimo más el aire bastante húmedo de este valle. La segunda, goza de un clima templado y suave cuando no es mucha la altura, pero frigidísimo, en el caso contrario. Hay que tener en cuenta que la altiplanicie en la mayor parte de su extensión se halla a más de 3.000 metros de altura. Las lluvias en esta zona son abundantes, principalmente en el época de noviembre a marzo. La tercera región, ya en la parte oriental, es muy caliente, húmeda y lluviosa durante todo el año.

Las zonas de vegetación corresponden a estas mismas zonas climáticas. En la Costa existen cultivos sólo en donde ha sido posible la irrigación o en los valles, en donde se aprovechan las avenidas periódicas de las aguas que bajan de la Sierra. La Andina o Sierra, está cubierta de pajonales o vegetación herbácea, la región húmeda; la región seca, correspondiente a la puna, tiene una vegetación muy raquílica; paja o inchú y abundante pasto natural. Los valles de los ríos presentan diferentes tipos de vegetación según la altura a que se encuentren; es en éstos en donde se localizan las tierras fértiles y en donde se han establecido la mayor parte de los cultivos. En la tercera zona, la Trans-andina o selva crece el bosque tropical.

Tal es, a grandes rasgos, el medio geográfico en el que los antiguos pueblos peruanos desarrollaron grandes culturas, como las de Paracas, Chavín, Muchik, Chimú, Rucana, Recuay, Chincha, Nasca, Inca y en el que sus descendientes vegetan hoy, oprimidos y explotados por los que, creyéndose superiores, quieren continuar la obra esclavizadora y destructora de los conquistadores españoles.

La población peruana y su distribución. –La población peruana, según el censo de 1940, es de 7.859.519 habitantes, de los cuales unos 5.000.000 son indígenas casi puros y el resto está distribuido entre blancos y mestizos, a más de un buen número de chinos y japoneses que habitan especialmente la Costa.

Según los datos estadísticos la población peruana se distribuye de la siguiente manera:

	Extensión	Habitantes	Densidad	Porcentaje
Costa.....	133.510	2.200.000	16.48	28%
Sierra.....	404.403	4.800.000	11.87	16%
Región selvática....	706.664	800.000	1.13	103%

Desde el punto de vista de la densidad se ve claramente, según el cuadro anterior, que la Costa es la zona más poblada. En una superficie de 133.510 kilómetros cuadrados, casi la novena parte de la extensión total del país, que es de 1.249.049 kilómetros cuadrados, vive el 28.2% de la población total, fenómeno que se debe principalmente, a las siguientes causas:

1ª.– A la tecnificación de la industria de la Costa, determinada por:

- a) Existencia de una excelente red de vías de comunicación;
- b) Existencia de buenos puertos marítimos a lo largo de toda la Costa;

c) Empleo de maquinaria.

2ª.– Un mayor desarrollo de la vida urbana, particularmente en la provincia de Lima, que ha absorbido casi por completo el resto del país, a expensas del cual vive.

3ª.– Agrupación de grandes masas de trabajadores en los campos de cultivos de algodón, caña de azúcar, arroz, lino y en los centros industriales y petroleros de la Costa.

Las causas anteriores, han determinado una fuerte corriente migratoria del habitante de la Sierra hacia la Costa, en busca de mejores salarios, mejores posibilidades económicas, comerciales y culturales.

En la Costa, principalmente en los centros urbanos, se halla ubicada la mayor parte de la población blanca y mestiza.

La Sierra tiene la mayor concentración de población indígena, pura casi en su totalidad. Habla Kechua y Aymará, y una parte, aunque reducida, conoce el Castellano, el que habla en forma casi incomprensible y mezclado con infinidad de términos kechuas y aymarás. Los mayores núcleos de población indígena se hallan en los Departamentos de Junín, Cuzco, Puno, Ayacucho, Huncavelica, Huanuco, Apurímac, y Ancash. Pero en general el indígena se halla en todo el territorio peruano tanto en la Sierra como en la Costa y en la selva.

La poca densidad de la población de la Sierra, 11.87, por kilómetro cuadrado, con relación a la de la Costa, se debe principalmente a las siguientes causas:

- 1ª.– Tierras en gran parte impropias para el desarrollo ventajoso de la vida humana, unas veces por sus condiciones geográficas y otras, en su mayor parte, por el inadecuado sistema de explotación económica.
- 2ª.– El abandono en que el Gobierno central ha mantenido la población de la Sierra desde el punto de vista social, económico y cultural.
- 3ª.– Pésimas condiciones sanitarias y bajo standard de vida que determinan un alto coeficiente de mortalidad infantil y general.
- 4ª.– La fuerte corriente migratoria del habitante de la Sierra hacia la Costa determinada por las mejores posibilidades económicas, sociales y culturales que encuentra en ella.
- 5ª.– Escasez de centros urbanos y debilitamiento de los pocos que existen en beneficio de los de la Costa por la permanente ola de migración hacia ésta.

La diferencia de población, en cuanto a su constitución étnica, entre la Sierra y la Costa, ha determinado un estado de tirantez entre una y otra región, lo que se traduce en un menosprecio del habitante de la Costa por el de la Sierra y por todo lo que relaciona con ella. Esta es una de las causas por la cual el serrano acomodado, una vez cuenta con posibilidades, abandona la Sierra y se va a Lima o a la otra ciudad de la Costa en donde se esfuerza por olvidar la tierra de sus antepasados y por ocultar su origen serrano, que generalmente le avergüenza por estar vinculado directamente con el factor indígena.

En cuanto a la tercera zona o sea la Oriental, selvática, montañosa, su escasa población, 1.13 por kilómetro cuadrado, se explica si se tiene en cuenta que las condiciones favorables del suelo para la agricultura resultan neutralizadas por las desfavorables del clima para el desarrollo de la vida del hombre. La presencia de enfermedades endémicas, que hasta hoy no se ha logrado combatir, han obstaculizado la formación de núcleos de población. Además, las grandes distancias y la carencia de vías de comunicación hacen imposible todo intercambio comercial y cultural.

Base económica de la población indígena peruana. – Agricultura, ganadería y algunas otras industrias constituyen la base económica de la población indígena peruana.

Agricultura. – Esta, al igual que la ganadería, es la ocupación principal y básica de los pueblos indígenas. Agrícolas son todas las comunidades de los valles y de la Sierra y la mayoría de las de la Costa. Cultivan principalmente maíz, trigo, cebada, papas, quinua, habas, ocas, ollucos, camote, plátano, frijol, etc. En algunas comunidades, principalmente en aquellas que están situadas en la zona influenciada por los caminos, o algunos centros industriales, la producción ha sobrepasado el límite de las propias necesidades de la comunidad y ha logrado un buen sobrante para abastecer muchos mercados. Los métodos empleados en la agricultura son los más rudimentarios que pueda imaginarse. No es raro, en la época de la siembra, ver grupos de mujeres y hombres que con los pies van cubriendo con tierra, la semilla que otros van regando. El único arado empleado es la madera y son los mismos indígenas, en la mayoría de las veces, los que lo tiran.

Estos indígenas, no sólo no han conservado las técnicas agrícolas de los antiguos aborígenes, sino que las han olvidado casi por completo. Los antiguos peruanos alcanzaron en el arte de la agricultura un extraordinario desarrollo. Su avanzado sistema agrícola, conoció no sólo el

uso de fertilizantes y la irrigación por medio de canales artificiales, sino que utilizó en gran proporción las terrazas que, a la vez que servían para el cultivo, impedían el deslizamiento de las tierras. Dichas terrazas fueron construidas con una técnica admirable a lo largo de casi todos los valles, en donde, como el en río Urunamba, pueden apreciarse amplias terrazas en la parte baja y otras estrechas en los declives de las montañas. Grandes extensiones fueron terraplenadas y cubiertas con terreno artificial. Los conocimientos de ingeniería de los antiguos peruanos se manifestaron también en la dirección y canalización de los ríos y en la manera de conducir el agua para la irrigación a lo largo de grandes declives. La construcción de las terrazas se realizó sobre todo en las faldas de los Andes orientales, donde el clima era más adecuado, pero el suelo y el agua tenían que ser provistos artificialmente. Dichas andenerías están hoy en parte destruidas, en parte cubiertas por gruesas capas de humus y vegetación y una pequeña parte utilizada por los indígenas que aún conservan esta costumbre de sus antepasados. Los últimos descubrimientos revelan que estas andenerías fueron cultivadas en toda la extensión de los Andes, desde los valles profundos y en donde se cultiva el algodón y el maíz hasta las altas cimas en donde se da la papa, la quinua y otros productos.

En las hoyas y valles de los ríos fueron aclimatados gran número de productos y plantas, gracias a una científica y adecuada preparación del terreno.

Ganadería. – Esta está íntimamente vinculada con la agricultura, constituyendo una y otra la labor principal a que se dedica la familia indígena. En los ayllus del norte se encuentran principalmente especies caprinas, algo de lanar y en más pequeña escala vacunas. En los del centro, especies lanares, como ovejas, llamas, alpacas y algunas especies vacunas, caballos y porcinas, aun cuando en muy pequeña escala. En los del sur, las mismas especies lanares de los del centro, a más de las vacunas; caballos y porcinas en pequeña cantidad. Estos ganados, debido al descuido en que se les ha tenido, a la falta de técnica en sus selección y a la escasez y mala calidad de los pastos, no da un rendimiento proporcional a su número.

Los pástales del páramo y de la puna, han ofrecido siempre abundante pasto natural para los auquénidos como la llama, la alpaca y la vicuña, cuya domesticación y utilización técnica lograron los antiguos aborígenes peruanos. Hoy, estos auquénidos lo mismo que las ovejas y los otros ganados introducidos por los españoles, constituyen el principal

recurso económico de la población indígena. Los hatos de ovejas, llamas, alpacas y vicuñas son numerosos y a su cuidado se dedican familias enteras, principalmente en el sur. Los indígenas muchas veces no pueden negociar libremente en estos ganados porque, o bien deben pastos, o han recibido dinero adelantado a cuenta de la lana, y en tales circunstancias los acreedores les han embargado sus ganados. De la llama, alpaca y vicuña, utilizan principalmente la lana, y en último término la carne, pero en proporción a las cuantiosas entradas que por la exportación de estas lanas o por su utilización en las industrias se perciben, el indígena sólo viene a lucrarse de una mínima parte, puesto que hay multitud de individuos que se dedican a comprarlas directamente a los indígenas a precios verdaderamente ridículos, para luego revenderlas. Además hay muchos que se dedican al lucrativo negocio de prestar dinero a los indígenas, comprándoles anticipadamente, a precios muy bajos, la lana de la futura trasquila.

Otras industrias. – A más de la ganadera y la agrícola, existen otras industrias, a las que se dedica el indígena, como tejidos de lana y algodón, tejidos de paja, entre los que son de gran importancia los sombreros de paja toquilla, etc.

Con la cabuya o fibra extraída del maguey, el indígena hace sogas de gran consistencia, trenzadas en forma de cables, que son utilizadas por los arrieros para atar las cargas. También hacen de cabuya sacos que emplean para cargar. La totora, que crece en las orillas de las lagunas, y es utilizada para confeccionar esteras, balsas, petates y aparejos o enjalmas para los animales. Gran industria es la que constituye la de sombreros de paja toquilla, macora y junco, a que se dedican las comunidades de la región de Chiclayo, Cajabamba, Marañón, Huaraz y principalmente la de Catacaos. Existe además, en todas las provincias indígenas, la industria de sombreros de lana, para cuya confección escogen la lana más fina y después de una complicada manipulación, que se realiza íntegramente en el taller familiar, se obtienen sombreros de una gran resistencia que son vendidos de todas las ferias o mercados de la Sierra.

Pero la industria de mayor importancia en las comunidades es la de tejidos de lana y algodón, en la que han alcanzado una gran perfección, principalmente en los de lana; casi todas las familias cuentan con tejedores para abastecer las necesidades de la comunidad y para el mercado. Hay hilanderas especializadas lo mismo que tintoreros; usan telares cuyo mecanismo ha variado muy poco del empleado por los anti-

guos peruanos; la calidad de los tejidos depende, no sólo del material empleado sino también del modo de tejerlos. A las mujeres se les ve siempre ocupadas en hilar, y es raro encontrar a una de ellas que mientras va de camino, hace las ventas en la feria, cuida los ganados, etc., no lleve su “putchka” o copo de lana en una horquilla de madera o de alambre con mango largo, y el huso que constantemente está en movimiento a fin de retorcer la hebra que ha de servir para tejer. Existen además otras industrias como la alfarería, industria frecuente en todas las comunidades; de la extraordinaria técnica antigua, casi no conservan nada; además, platería y otras pequeñas industrias a las que la comunidad no se dedica todo el año sino solamente en aquellas épocas que les quedan libres después de la siembra y recolección.

Organización social: el Ayllu o comunidad indígena. – La antigua comunidad indígena Ayllu, en el que los vínculos de sangre, los económicos y religiosos, unidos a la posesión de un área especial de terreno han determinado su existencia, alcanzó una organización económica y social tan admirable, que gracias a ella lograron los antiguos peruanos vencer los obstáculos más fuertes que les ofrecía la naturaleza y construir una de las civilizaciones más avanzadas de América.

Hoy, la comunidad indígena o Ayllu supervive, aun cuando muy debilitada, en casi toda la región serrana y en algunos valles de la Costa. La antigua organización social y económica ha desaparecido casi por completo en la mayoría de ellos y el reparto periódico de las tierras entre los miembros de la comunidad, está en vía de desaparecer; cada familia posee hereditariamente la parcela, con la sola prohibición de venderla, por tratarse de tierras de la comunidad. En aquellos Ayllus que aún no han sufrido mayores transformaciones, como en los Ayllus primitivos, la comunidad está constituida por un grupo de familias emparentadas entre sí, siendo ella dueña absoluta de las tierras que habita y cultiva así como de las aguas y pasos que desde tiempos inmemoriales posee. Algunos Ayllus tienen títulos que arrancan desde tiempos de la Colonia; otros carecen de ellos y ejercen su dominio y posesión territorial tradicionalmente, conociendo los linderos sólo por los relatos de los viejos.

Las tierras de la comunidad, según Castro Pozo, se clasifican en tierras de riego, de temporal, de pastos. Las dos primeras se reparten en parcelas entre cada una de las familias de la comunidad para que las usufructúen. Las tierras de pastos son de propiedad exclusiva de la comunidad y en ellas pastan los ganados de todos los comuneros; puentes,

caminos, acequias, edificios públicos y algunas tierras de “pansebrar” son también de propiedad de la comunidad; ganados, bestias de carga y de labranza así como las herramientas de trabajo son de propiedad particular.

En la comunidad existe tanto el trabajo individual como el colectivo; todas las obras de utilidad común son efectuadas por la comunidad; a estos trabajos en común, que son llamados mimka o minga, asisten los comuneros perfectamente organizados; a cada uno se les ha señalado con anticipación el trabajo que ha de realizar. Este espíritu colectivista se manifiesta también en el sistema llamado Ayne, que consiste en el acto de prestar ayuda a condición de que el agraciado corresponda en igual forma.

La autoridad en la comunidad la ejerce una junta comunitaria compuesta de un Presidente, uno o dos Personeros, un Tesorero y un Juez de Aguas, elegidos por la Asamblea comunal para un período que varía entre uno y tres años. Son miembros de la Asamblea Comunal todos los cabeza de familia, hombres y mujeres y todos los varones mayores de 18 años.

Castro Pozo clasifica las comunidades o Ayllus peruanos así:

- a) Agrícolas;
- b) Agrícolas-ganaderas;
- c) De pastos y aguas;
- d) De usufructuación.

Existe un quinto grupo denominado ganadero-pastor, integrado por familias que viven en condición miserable y primitiva, que habitan en la puna en pequeñas casas de piedra en donde conviven con los ganados. La mayor parte de estos indígenas no son dueños del ganado que cuidan, sino pastores contratados por tal o cual señor, a quien tienen que responder por todos los ganados, incluso por los que mueren, con lo cual llegan a contraer cuantiosas deudas que nunca terminan de pagar y que son hereditarias; así no es raro el caso de indios que están pagando las deudas de sus padres o de sus abuelos.

Los diferentes tipos de comunidades indígenas en el Perú poseen un sistema de producción completamente incipiente y utilizan los más rudimentarios sistemas de labranza. A pesar de la falta de organización técnica y de su mala orientación, las comunidades agrícolas producen para el mercado gran cantidad de trigo, maíz, habas, ocas, papas, ullucos, quinua, etc., productos éstos que son íntegramente acaparados en los mercados de la Sierra por los revendedores, que los compran a los in-

dígenas a los precios más bajos para luego enviarlos a centros mineros o a los mercados de Lima. Asimismo, las comunidades ganaderas abastecen de lana a bajo precio a gran número de fábricas de textiles ubicadas en las zonas de comunidades indígenas; tal es el caso de Cuzco, uno de los principales centros textiles del país.

La comunidad indígena en el Perú como en los otros países de América que tienen población indígena, ha desempeñado y continúa desempeñando una función social extraordinaria, que está en relación con el carácter comunitario de su sistema de propiedad; por esto la necesidad de robustecerla y encauzarla convenientemente en vez de propugnar por su destrucción como lo pretenden quienes sin un estudio serio y consciente del problema indígena, ven en ellas el mayor obstáculo para la culturización de los grupos indígenas.

Estado actual del indígena en el Perú. – Las antiguas comunidades o Ayllus han sido y siguen siendo tiránicamente despojadas de las tierras que por derecho les corresponden, para formar con ellas los actuales latifundios, en donde el indio, antes propietario, ha sido convertido en siervo. Al despojar el Ayllu de su tierra, queda prácticamente destruido, puesto que ella constituye precisamente la base de su organización comunal. Las familias que lo forman, al ser éste despojado de sus tierras, se ven obligadas a constituirse en yanaconas o peones del hacendado o señor feudal que los despojó y de cuya codicia sólo escapan las comunidades existentes en las faldas o cumbres de los cerros, cuyos terrenos, por su altura y aridez, no ofrecen mayores ventajas.

Los indígenas nacidos en una hacienda son llamados “*propios*”: son propiedad del amo, quien dispone de ellos a su antojo. Así, una hacienda tiene más o menos valor según el número de “*propios*” que tenga. Los indios se cuentan y utilizan en estas haciendas lo mismo que si fuesen cabezas de ganado u otro animal doméstico cualquiera.

El indio no comunero, despojado de sus tierras y convertido en yanacona, tiene que trabajar por un jornal de 0,30 o 0,50 de sol, equivalente a 0,17 colombianos, que sólo permite adquirir un poco de chicha o de maíz tostado, productos éstos que constituyen la base de la alimentación del indígena peruano. El jornal mínimo está fijado por el Gobierno en un Sol, pero éste casi nunca llega a pagarse. En el Perú el único productor es el indio, que, hasta hoy, ha vivido sometido a una especie de esclavitud. El carácter colonial de la agricultura en la Costa y sobre todo en la Sierra, proviene precisamente de este sistema esclavista que sólo tiene en cuenta el número de brazos disponibles para pro-

ducir a mínimo costo, sin considerar la inhumana utilización que se hace del capital humano, de la mano de obra servil indígena. Para los señores latifundistas no se hace preciso el empleo de maquinaria agrícola, principalmente en la Sierra, porque, según dicen ellos mismos, cuentan con “la indiada”; así, centenares de siervos o “propios” sustituyen en las haciendas el elemento mecánico, en el cual el latifundista considera inútil invertir su capital. La escasez de brazos, principalmente en la Costa, se ha querido remediar, primero con los esclavos negros, luego, con los chinos y, finalmente, con los indígenas, mediante el sistema de, “enganche”, a fin de intensificar los cultivos agrícolas especializados casi exclusivamente para la exportación, como son el algodón, lino, arroz, caña de azúcar, con capitales en su mayor parte extranjeros, interesados sólo en alcanzar un máximo de rendimiento exportando estos artículos de primera necesidad y produciendo en el país la consiguiente escasez de los mismos.

A pesar de todos estos factores negativos y de circunstancias tan hostiles, el indio no ha sido exterminado, como lo desea una gran parte de la población no indígena peruana, sino que, aunque degenerado, subsiste gracias a su gran resistencia física. Pero, siendo profundamente emotivo, esta misma emotividad, debido al actual estado de miseria, abandono y esclavitud en que se tiene, se traduce en una melancólica tristeza que lo hace parecer a los ojos de sus opresores como un sér inferior, pusilánime, perezoso, incapaz de ser un ciudadano como los demás. Los que así lo juzgan, olvidan que en un individuo desnutrido y en las peores condiciones económicas, sociales y culturales, por lógica consecuencia tiene que efectuarse ese proceso de disminución potencial. Es natural que un pueblo que ha sido tratado y considerado como ser irracional, se bestialice.

En el Perú, este único elemento productor, no sólo ha permanecido estacionario, sino en constante retroceso. Así lo prueba el estado físico y mental del indio, que día a día se degenera más. El Estado, para aumentar sus rentas a base de impuestos, favorece las industrias de chicha, “cañazo” o aguardiente de caña y la venta de coca. El estado en que actualmente se encuentran las pequeñas industrias indígenas también están probando este retroceso. En vez de progresar, día a día decaen más o desaparecen por completo. Es el caso de Ayacucho y Cuzco, en donde hoy no se encuentran los magníficos trabajos de platería, peletería y textiles, para no citar otros, que hasta hace poco dieron fama a estas ciudades. Esta desaparición se debe, no sólo a la falta de tecnifi-

cación, sino también a la falta de estímulo y aprecio por estas industrias. Los productos indígenas son precisamente los de más bajo precio en el mercado, por el concepto que se tiene de que, siendo cosa de indios, no tiene por qué tener el mismo precio de aquello que es producto del trabajo de otra clase social.

El enganche. – Es éste un sistema que permite a las empresas mineras, textiles, agrícolas y de obras públicas, asegurar a un mínimo precio la mano de obra indígena necesaria para sus trabajos. Estas empresas establecen oficinas de enganche en las capitales de provincia y buscan agentes enganchadores o contratistas, individuos especializados en el reclutamiento de esta clase de trabajadores, a los que reclutan en las distintas zonas indígenas y llevan a la oficina principal de la provincia, a fin de que en ellas se extienda el documento de enganche o se les dé, en dinero o en especies, la cantidad de adelanto que, de acuerdo con el tiempo que han de estar enganchados, se haya fijado. El indígena enganchado, según este documento, se compromete a pagar en el trabajo que se estipule y previo el pago de un determinado salario, la cantidad fijada, parte de la cual se le anticipa. Con este documento, el enganchado puede ser reclutado en cualquiera parte en donde se encuentre y obligado a cumplir su compromiso en la forma en que el enganchador lo estime conveniente. El enganchado recibe de la suma que se le anticipa, la mitad o dos terceras partes en dinero y el resto en especies o en un vale que sólo se recibe en los almacenes de la empresa enganchadora, en los cuales se venden al trabajador artículos de malísima calidad y a precios que muchas veces son el doble de los que tienen en el mercado corriente. A cada enganchado se le fija un determinado plazo para que se presente al trabajo o a la oficina que debe trasladarlo al lugar indicado; si pasado este tiempo no se presenta, se le busca con ayuda de las autoridades oficiales, se le castiga con fuertes multas y presión y se le obliga a ejecutar el trabajo estipulado. En el caso de no encontrar al enganchado o de que éste muera, el empresario nada pierde, pues, para adelantar el dinero, se exige fianza de un individuo solvente que conozca al indígena y se le hace firmar letras en blanco, que pueden hacerse efectivas en la forma y por el valor que el empresario juzgue necesario. Además, éste siempre se encuentra dispuesto a quedarse con la chagra, ganados y cosecha del indígena, bienes éstos que le son embargados con anticipación.

El indígena, que generalmente vive adeudado, acepta el contrato de enganche que le ofrece la oportunidad de obtener anticipadamente algo de dinero que le permita pagar sus deudas contraídas, la mayor

parte de las veces, para atender al pago de fiestas religiosas. Atraídos con el halago de los anticipos, caen en la trampa e inconscientemente se trasladan al lugar indicado en donde tienen que trabajar lo mismo que si fueran bestias. El jornal máximo en las minas es de tres soles; en las otras actividades es de un sol; el enganchador, en cambio, por cada individuo enganchado gana 0.20 de sol diarios, mientras éstos estén trabajando. Terminado el enganche el indígena regresa a su comunidad, casi siempre con deudas que debe saldar en trabajo al año siguiente, y generalmente con graves enfermedades como paludismo, berruga, tuberculosis o cualquiera otra propia de la región en donde le tocó trabajar o adquirida por las malas condiciones de trabajo y de vida, que es precisamente lo que ocurre en las minas de Oroya, en donde el indígena tiene que trabajar en los socavones a una altísima temperatura para pasar luego a otra bajo cero, como es la característica de esta zona situada a una altura de casi cinco mil metros, sin que la empresa se vea obligada a suministrarle el abrigo necesario para protegerlo del frío. Como es natural, una parte de los trabajadores termina tuberculosa, sin que la empresa tenga la menor responsabilidad.

En octubre y noviembre, época en que terminan los trabajos agrícolas en las zonas indígenas, la población va quedando desocupada y se alista para engancharse e ir a los centros industriales o mineros a terminar de pagar la deuda que ha quedado pendiente desde años anteriores. La migración se efectúa casi en masa; comunidades enteras marchan a estos centros de trabajo en donde permanecen hasta julio, época en que regresan a su tierra para entregarse a las labores agrícolas.

El trabajo del enganchado debe producir ganancia para la empresa, para el contratista o enganchador, y, por último, para el indígena, que siendo el único que trabaja, es también el único perjudicado en este negocio.

Política del Estado. – La población indígena sólo cuenta con una sección dependiente de un Ministerio: la Dirección de Asuntos Indígenas, del Ministerio de Salud Pública, Trabajo y Previsión Social, a la que corresponde el estudio de todos los aspectos del problema indígena y el proponer la legislación y las medidas administrativas que tiendan a asegurar el bienestar económico y cultural de este grupo de población. Esta sección cuenta con varias dependencias, como la administrativa, la técnica, la de Visitadores indígenas, etc., cada una con sus respectivos funcionarios. Los artículos que componen la ley que crea esta Sección

se presentan como inspirados en los ideales más altos para lograr la integración del elemento indígena a la vida nacional.

La legislación para indígenas que tiene actualmente el Perú, tampoco parece descuidar ninguno de los aspectos: tiene en cuenta las condiciones de la Sierra y de la Costa, el aspecto social, el económico, el político, cultural y biológico, porque, según lo ha informado repetidas veces el Gobierno, la situación de los indígenas exige una legislación especial que los proteja y ampare, estimulando al mismo tiempo su bienestar y cultura. Asimismo, el artículo XI de la Constitución actual se refiere a las comunidades indígenas y contiene los preceptos dentro de los cuales el Gobierno desenvuelve su política proteccionista a favor de esta población. Pero estas doctrinas tan liberales han estado muy lejos de llevarse a la práctica. Es preciso, pues, que la política indigenista tenga en cuenta, ante todo, los valores positivos del indio, que procure que la comunidad se desarrolle económica, social y culturalmente, a fin de lograr una efectiva y racional incorporación de las masas indígenas a la vida nacional.

BIBLIOGRAFIA

- Tello Julio C.*—“Orígenes y desarrollo de las civilizaciones en el antiguo Perú”. Lima, 1942.
- Castro Pozo Hildebrando.*—“Nuestra comunidad indígena”. Lima, 1924.
- Castro Pozo, Hildebrando.*—“Del Ayllu al cooperativismo socialista”. Lima, 1936.
- García Uriel.*—“El nuevo Indio”. Cuzco, 1937.
- Actas y trabajos científicos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas. Lima, 1939.
- Valcárcel, Luis E.*—“Historia del Perú”. Conferencias dictadas en la Universidad de San Marcos, Lima, 1943.
- Anuario estadístico del Perú, 1940.
- Boletín de la Dirección de Asuntos Indígenas. Lima, 1940.